

LAFARIUM

CUARTIQUIS

Codex III



HORROR

ESCRITOS SOBRE EL MIEDO

III

Toda verdad pasa por tres etapas. Primero, es ridiculizada. Segundo, es violentamente rechazada. Tercero, es aceptada como evidente.





STAFF

DIRECTOR EDITORIAL
Diego Arandojo

EDITOR
Fernando eFe PI

COLABORADORES
Juan-Jacobo Bajarla
Claudio García Fanlo
[S]
Gladys Cepeda
Stella Alvarado
Diego Ollero
Paola Klug
Rodrigo San Miguel
Luis Langlemey
Flavio Alonso de Celis
Carlos Dopico
Eugenio Cáceres
Julián Sequeira

DISEÑO
UnH Design

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada, o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo de Diego Arandojo. Los contenidos vertidos en cada uno de los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus respectivos autores. Inscriptión en la Dirección Nacional de Derechos de Autor en trámite. Todos los derechos reservados. Las imágenes utilizadas son a título ilustrativo y pertenecen a sus respectivos autores.

Lafarium Cuartiquis es propiedad de
Lafarium Contenidos y editada por
UNH EDICIONES
www.unhediciones.com.ar

Lafarium Cuartiquis N° 3 | Octubre 2011
Buenos Aires - Argentina

EDITORIAL

La literatura de terror, a diferencia de otros géneros, es completamente humana. Nos conecta con nuestra memoria bestial, animal; abre esos cajones psíquicos que tanto mantenemos cerrados, por temor a descubrir su contenido. Nos pone en alerta, tal como nuestros antepasados prehistóricos. El miedo a la noche, a la oscuridad, a los relámpagos y demás artilugios de la naturaleza. Solo el fuego, la luz efímera, ponía coto a esa negrura que estaba por doquier.

Repito el fuerte carácter “humano” del terror, porque en sus fantasías macabras se encuentran muchos de los anhelos de hombres y mujeres; liberarse de la cotidianidad, de la vulgaridad del existir por solo existir; hay en el terror una energía que seduce, que atrae, un poder erótico.

El jorobado paranoico, el vampiro, el ermitaño de rostro desfigurado, el que pernocta en las ruinas de catedrales, el mitad-hombre mitad-lobo, el experimento fallido, el muerto viviente. Todos ellos atraviesan la literatura de terror y narran sus vidas miserables en busca de algo que calme su angustia. Sangre. Placer carnal. O al menos una palabra de aliento.

Esta edición de *Lafarium Cuartiquis* desciende hasta la fosa primera y última del terror para abrirla y liberar sus gases mortíferos. Espíritus malditos bendicen esta decisión. Pero se meten en nuestras venas para ganarnos de antemano; para vencer la fortaleza del alma y así corromperla.

Cuentos, ensayos y poemas te llevarán de la mano, querido lector, atravesando bosques y caminos poco seguros. Ten mucha fe. Quizás cuando llegues al final comprendas la verdadera razón de tu vida. ☸

Diego Arandojo



SUMARIO

- 04. La gran boda gótica por *Diego Arandojo*
- 11. El regreso de Abaddón por *Stella Alvarado*
- 12. Mullford County por *[S]*
- 18. Monomanías, nuestro demonio interior por *Claudio García Fanlo*
- 21. Nahualli por *Paola Klug*
- 22. Doppelgänger por *Fernando eFe PI*
- 24. H. P. Lovecraft, el horror sobrenatural por *Juan-Jacobo Bajarla*
- 35. El Ángel Exterminador por *Rodrigo San Miguel*
- 44. In vitro, in vivo, ipso facto por *Gladys Cepeda*
- 45. La voz de Hastur por *Abdul Al-hazred*
- 46. Tierra fértil por *Luis Langlemey*
- 48. Diario de Claire por *Flavio Alonso de Celis*
- 51. Entrar en el bajo mundo por *Carlos Dopico*
- 56. Fuerte cargo de conciencia por *Eugenio Cáceres*
- 60. 5 vueltas para la inmortalidad por *Diego Arandojo y Julián Sequeira*
- 64. La oscuridad por *Diego Ollero*



LA GRAN BODA GÓTICA

El movimiento gótico se ha ganado un lugar importante en la literatura universal: primero como puerta a otros mundos habitados por criaturas aberrantes y luego como género que permite hablar de los conflictos que enfrenta el ser humano actual.

Por Diego Arandojo



La muchacha corre por el cementerio. A su alrededor se alzan construcciones oscuras, derruidas por el paso del tiempo. La están siguiendo seres gigantescos, velludos, que dan grandes saltos de tumba en tumba. La joven sabe que en poco tiempo será atrapada. Pero sigue corriendo. Sus ojos están repletos de lágrimas y su respiración se acelera al borde del desmayo.

Finalmente, ante una gran cripta en cuya torre se aprecia una gran cruz, tallada en piedra y con incrustaciones de plata, se deja caer. Su cuerpo, de cabellos rubios y tez blanca, queda tendido sobre el barro. Las bestias la rodean. Escudriñan con ojos rojos, centellantes, a la joven. Mientras se disponen a llevarla hacia el interior de un castillo en las cercanías, el Conde afila lentamente su cuchillo, escupiendo chipas. El sonido agudo de este acto, insoportable, anuncia la hora del terror.

El origen de la goticidad

El origen del término “gótico” se extravía en las páginas de un libro de historia chamuscado por la Santa Inquisición, o por alguna orden anterior que actuó como benefactora de un futuro incierto, temiendo las consecuencias de la verdad.

La Biblia no solo es el libro más vendido de la historia, sino el canal de comunicación con una era de épica, magia y misticismo. En su Génesis se habla de

Gog, príncipe de Resc, un territorio ubicado al norte de Israel. Este personaje —pagano a la doctrina judaica— combatió a todos los pueblos que no siguieran sus normas, y no tardó en tomar contacto con el inefable Yahvé, quién lo condenó a la inevitable derrota.

Con el correr del tiempo y las leyendas, el término gog fue utilizado en varias zonas de Europa y Asia como sinónimo de godo, por la similitud entre ambos vocablos. Así pues varios autores se apoyan en este dato como principiadador de la discordia alrededor de la voz godo, o visigodo, sumándole la de ostrogodo, perteneciente a un grupo “barbárico” que atacó Italia y Grecia en el año 493 d.C.

Sin embargo, los renacentistas se decidieron por eliminar estas connotaciones religiosas. Asumieron que el gótico sería simple y llanamente un apelativo para aquel bárbaro, inferior, que intentara apropiarse de algo ajeno a él por medio de un método brusco. Le adjudicaron un origen escandinavo, específicamente en la isla de Göteborg, en contraposición con la versión más popular de que eran germanos.

Cuestiones más o menos trascendentales, oscurecidas por la mano temblorosa del hombre que intentaba jugar al historiador, ignorando la realidad por falta de datos fidedignos. Estos guerreros y artistas de la piedra conformaron un imperio increíble a partir del siglo V, y



hasta el VI tuvieron bajo su yugo la respiración de miles, además de contar con un lenguaje propio. Serían los futuros inspiradores de un estilo arquitectónico que estalló, siglos más tarde, en Francia y cuya principal característica fue la de construir poderosas catedrales de estilo ojival, con el arco apuntado, agujas, chapiteles y gabletes, vigorizando la connotación trascendental. Para el escritor y alquimista Fulcanelli (autor de *El misterio de las catedrales*) el arte gótico no era sino el art got o cot, el arte de la luz, promovido por un grupo selecto de francmasones que, estimulados por el mito de los argonautas, implantaron en sus construcciones las claves para una sociedad perfecta, que jamás se constituyó. Ante los primeros pasos del nuevo milenio, las gárgolas de Nôtre-Dame nos hablan en su perenne mutismo de confusión y de locura.

Los primeros góticos

Abre los ojos. Intenta escudriñar la oscuridad a su alrededor; manchas salvajes van y vienen, entre tonos azules y rojos. John Milton intenta construir en su mente el espacio que tiene a su alrededor. Su ceguera lo hace todo difícil. Tantea con sus tibios dedos una mesa, hasta que atisba una hoja de papel en blanco. Cuánto quisiera poder escribir él mismo sin la necesidad de un intermediario. Muy pronto se sumerge en la congoja. Traga la saliva de la derrota, recordando a Lucifer, el lucero del alba, cuando intentó tomar control del Reino de los Cielos. Corre el año 1667 y este destacable poeta anglosajón ha terminado de dictar su *Paraíso perdido*. Desconoce el efecto que tendrá a posteriori. Cierra el primer manuscrito y lo apoya contra su gélido pecho. En un segundo vislumbra el semblante de Satanás, acompañado por su ejército demoníaco. Es el viento infernal que golpetea sus cabellos, o simplemente un ventanal entreabierto.

En 1706, Daniel Defoe (agente secreto del gobierno inglés, conocido posteriormente por su obra Robinson Crusoe) escribe su *The apparition of Mrs. Veal*, historia cargada de fantasía oscura, de deplorables fantasmas que transitan una realidad barroca, sobrecargada de misticismo nórdico. Este autor inspirará, algunas décadas después, a Horace Walpole, conde de Orford, y a William Beckford, compositores de *The castle of Otranto* (1764) y *Vathek* (1784), respectivamente. También estos dos libros nos hablan de hombres seducidos por las fuerzas sobrenaturales, que conspiran contra la luz, apadrinándose con ghuls y demonios,

obteniendo de ellos sabiduría maldita. La comunidad gótica crece rápidamente. El racionalismo, pegado contra el muro de lo concreto y físico, acogota la narrativa tal como lo hace el clasicismo; las monedas que el burgués aprieta en su bolsillo para sentirse aferrado a la realidad. Para él las fantasías son cosas locas, de sueños. En este sucio ámbito se encuentra William Blake. Un poeta humilde, pero con la convicción de los profetas. En el lapso comprendido por 1790 y 1793 compone su *Matrimonio del Cielo y del Infierno*, manifiesto de una era que está tomando año a año el cuerpo de una avispa ceremonial que picará a los vicarios conformistas. En esta obra, Blake nos regala los proverbios del infierno, verdaderas epístolas de las generaciones (ó degeneraciones) posteriores.

Ann Radcliffe redactará, continuando esta saga gótica, *Los misterios de Adolfo* en 1794, en contraposición con los dogmas imperantes que desorganizan la esperanza del hombre. Las historias de abadías en ruinas que agobian a sus visitantes con sueños primigenios, y monstruos delatores de pecados, espolvorean las plumas de los nuevos escritores.

El movimiento se expande

En 1796 Matthew Lewis escribe su sensacional novela *El monje*: un romance histórico de un sacerdote apresado por la Inquisición y que se salva de su condena por un pacto diabólico. La inclemente Mary Wollstonecraft Shelley, en compañía de otro gótico por excelencia (Lord Byron) entrega al mundo el semen eléctrico que fertilizará al ovario del futuro: *Frankenstein*, durante la vigilia del año

1818. Precisamente al cumplirse una año de tal magnánimo acontecimiento, John Polidori compone *The vampyre*, adelantándose a Bram Stoker y su *Drácula* (1897). Surge el vampiro como figura sobresaliente del gótico, más rayano en realidad con el género del terror. Esto no impide que el Diablo siga siendo el gran adversario, como se evidencia en la novela *Melmoth, el errabundo* (1820) de Charles Robert Maturin.

La fantasía macabra se alimenta, en este caso, con Sir Walter Scott y sus cuentos *The black dwarf* y *Thee bride of Lammermoor*, anunciando la incorporación de nuevas tramas, en pleno 1823. Charlotte Brönte, la admirable hermana de Emily, compone su *Napoleon and the spectre* en el invierno de 1833, y se adhiere a la idea del goticismo fantasmal como revelación paranormal, donde los presagios conforman los signos para comprender la naturaleza de los fallecidos.





Dentro de este subgénero podemos, asimismo, hacer alusión a un Charles Dickens y su *The haunted man and the ghost's bargain* que data de 1848. Un importante quiebre estructural lo realiza el estadounidense Edgar Allan Poe con su *The raven* (1845), poema alegórico y oscuro, escrito en clave para algunos pocos que realmente pudieron decodificarlo en su totalidad, esquivando las denotaciones superfluas. Años antes compone otra historia gótica por excelencia: *La caída de la casa Usher*, donde la garganta podrida del pasado hace gárgaras con el presente. Poe será la llave para comprender el porqué del mal. El místico y poeta Henry James nos deleitará, dos décadas después, con su *The altar of the dead* y *The romance of certain old clothes*, ambos escritos hacia 1868, y verdaderos testimonios del os-

curantismo gótico, cercano a lo satírico, a lo cruento. Tal vez es Joseph Sheridan LeFanu quien estremece a sus lectores con el relato *The watcher* (1872) donde pone en relieve la existencia de ciertas entidades que vigilan a la humanidad, en pos de un beneficio hermético.

Aunque, para hablar de senderos horripilantes, debo aludir al maestro indiscutible de este lazo literario: Guy de Maupassant, quien degüella la entraña de la cordura en su *Le horla* (1887). Aquí, el protagonista es víctima de un ser que lo atosiga diariamente, robándole sus pertenencias y obligándolo a realizar acciones que él intenta refutar, en vano. El protagonista está desdoblándose sin saberlo. Pierde la convicción del Ego, del Yo.

Vendrá después un Robert Louis Stevenson, de gabán mortuario y aliento a eternidad, flagelándonos con su *The body snatcher* (1881) y *The strange case of Mr. Jekyll and Mr. Hyde* (1886), precisamente en este último se agrega un nuevo elemento al género, que es el de la transformación interna a causa de la ingesta de químicos. Aunque estas historias podrían enmarcarse en lo que se denominará luego como el neogótico, hermano del terror y la fantasía, dos paradojas de un mismo tenor.

Enlistar cada uno de los órganos, músculos y venas del cadáver gótico sería una tarea avasallante. Destaco, para cerrar este apartado, la infaltable presencia de, quizás, el más grande narrador oscurantista de mediados del siglo XX: Howard Philipps Lovecraft. Atrapado en un submundo de monstruos metafísicos que batallaron en otras galaxias hace largos eones, crea a su Cthulhu, inaugurando la

cosmogonía neogótica, donde las catedrales e iglesias medievales se llenan de criaturas amorfas, succionadoras de espíritus, en pro de hallar la forma de romper el sello de R'lyeh, liberando a la bestia anclada en las profundidades marítimas. Desde su incondicional *La ciudad sin nombre* (1921), pasando por un sinfín de relatos influenciados por las plumas de Lord Dunsany, Ambrose Bierce, Poe y Machen, Lovecraft es el príncipe del palacio del fuego subterráneo.

El gótico ante el mundo

Mientras que en Europa y Asia las dos guerras mundiales se cobraban la vida de millones de personas, en América la literatura gótica cobraba nuevas formas. Para la autora Lucía Solaz: “*Las obras góticas americanas erigirían sus propias versiones del castillo encantado en sus imágenes de una civilización insegura. Los principales temas serían el terror a uno mismo, al desorden psíquico y social, a la desintegración de las familias, a las contradicciones y conflictos ontológicos y un vivo sentimiento de soledad y carencia de hogar. Todas la variedades de gótico americano, tanto masculinas como femeninas, comparten un rasgo en común: la inclinación a explorar y exponer el lado oscuro de la experiencia americana y sus terribles ironías morales, especialmente la desolación acarreada por el progreso, la división racial y el temor a fracasar en una cultura que tanto enfatiza el éxito*”.

Con la muerte de Lovecraft en 1937, la antorcha gótica fue tomada por su amigo August Derleth, y el círculo de escritores que mantuvieron activo el espíritu



de los Antiguos Primordiales. Otros autores de habla inglesa surgieron y construyeron un nuevo terror gótico, como Stephen King, Clive Barker y Ramsey Campbell; mientras que en la América Latina se pergeñaba un terror de mirada gótica (ya desde fines del siglo XIX) con Leopoldo Lugones, Inés Wallace, Horacio Quiroga, Lydia Cabrera y Juan Jacobo Bajarla, entre otros.

La estética gótica saltó de lo literario a la escena musical, y también a la moda. Distintos especialistas establecen que hacia fines de la década del 70, en Inglaterra, el movimiento post-punk sentó las bases para que el futuro rock gótico emergiera. Se apuntan como bandas pregóticas a Siouxsie and the Banshees, The Cure, Bauhaus, Joy Division y Current 93, entre las principales. Sea cual fuese el elemento detonador, la música gótica brotó con fuerza y, tal como apunté al inicio del párrafo, de la mano

de una indumentaria de tono negro; el vacío, el símbolo o la palabra negada de una juventud agotada ante el visceral capitalismo del mundo postmoderno.

El goticismo musical actual, atravesado por la marea del dark folk, el neoclásico y otras tendencias, está influenciado también por lo esotérico/hermético, y ha alcanzado un impresionante desarrollo en Occidente y su repercusión en Oriente. Melodías siniestras para tiempos siniestros.

Ahora el monstruo gótico ha dejado la abadía en la colina para llegar a la urbe contemporánea; ha dejado la fría sombra y el silencio del recinto sagrado, para merodear en las alcantarillas, donde los ciudadanos vuelcan sus desperdicios.

Mientras exista un hombre o una mujer decididos a contar la historia de la oscuridad y sus criaturas, el gótico mantendrá su vela encendida, asustando a las generaciones presentes y venideras. ❧



EL REGRESO DE ABADDON

Por Stella Alvarado

Con silenciosos movimientos
de manos espectrales
oscuros acólitos
descifran extraños signos
de secretos manuscritos.

Como sombras húmedas
los sueños indecisos
abandonan desnudos laberintos
en diabólica procesión.

Agazapadas en sombríos corredores
las lámparas ardientes
aguardan el furtivo paso
de las tinieblas. ❧



MULLFORD COUNTY

Por [S]

Mullford County, North Carolina, 1877



La familia White se caracterizaba por su hosquedad en relación a los otros habitantes del Condado Mullford. No solo era su frialdad hacia el Puritanismo, reemplazado en su caso por una propia y extravagante interpretación de la Biblia, sino las anormales características que los distinguían de los demás. Si bien estaban allí desde la llegada de los primeros colonos y sus tierras les habían pertenecido por varias generaciones, se podría decir que los White, además de tener a su vecino más cercano a 3 millas, estaban alejados de las ascéticas costumbres de sus pares. Esto no solo era extraño para los demás, sino sospechoso y peligroso. En una comunidad cerrada donde todos compartían los mismos códigos, ser como los White era una herejía, una blasfemia... y un castigo divino.

La familia estaba compuesta por Harold, su esposa y medio-hermana Alice, y Carl, el viejo y decrépito padre de ambos, que había tenido dos mujeres. También, los ocho hijos del matrimonio: Sarah, Alice, Molly y Rebecca eran las mujeres y Alfred, John, "Bubba" y Taylor, los cuatro varones.

A la vista de todos, su aislamiento extremo los había vuelto intratables... y repugnantes. Su aspecto físico denotaba la marca de la endogamia sostenida por generaciones, bien presente en la rama paterna, ya que la primera esposa de Carl (y madre de Harold) era su propia prima. Hemofilia, malformaciones, afecciones mentales y debilidad congénita estaban presentes en muchos White...

Las mujeres, a excepción de Molly, tercera por las niñas, tenían un aspecto que rozaba lo monstruoso: brazos desproporcionados, cabezas enormes, dientes torcidos, encías excesivamente anchas y un caminar indescriptible. Molly era la más agradable y si bien no presentaba esos rasgos, su tara e imposibilidad de articular casi cualquier palabra —usando sonidos guturales y chillidos— la integraba al horroroso desfile de sus hermanas.

Con los varones la cosa no era mejor. Todos compartían el aspecto impresionante de las chicas, pero el caso de Bubba era el más atroz: un verdadero idiota contrahecho, cuyas vísceras solo toleraban la ingesta de carne cruda y sangre, lo que significa que su dieta se componía de animales recién carneados y destripados. El aspecto del muchacho era inhumano. Caminaba arrastrando sus piernas como patas traseras, apoyándose en su brazo derecho, mientras que el izquierdo lo utilizaba como una garra. Su forma de comunicarse era similar a la de la pobre Molly. Con su mano libre podía comer y cada tanto blandir una hoz que su padre le había dado para cortar las malezas, porfiadas invasoras del desvencijado frente de la casa.

Harold y Alice no tenían esa marcada fealdad, aunque sus rostros duros y muy poco agraciados los unían al espantoso concierto familiar. El viejo Carl era por demás siniestro: calvo y con algunos pelos grises sobre la cabeza, su figura flacucha y enjuta se enfundaba en un ropaje negro y manchado que no se quitaba ni para dormir. Todo ello y la fetidez de su cuerpo se completaban con una ruinosa

Biblia que siempre llevaba consigo, y que era recorrida por sus ojos celestes y acuosos, emanando locura y maldad. Cada tanto sufría ataques y gritaba versos bíblicos y maldiciones durante horas. El resultado era terrible: los hijos mas pequeños lloraban y gritaban, los mas grandes trataban torpemente de contenerlo y Bubba –el mas deforme de todos- aullaba y saltaba sobre la mesa de la mugrienta cocina, disfrutando ese circo diabólico.

La casa era una mezcla confusa entre rancho y mansión, colocada en la parte más alta de un valle. En otro tiempo debió tener algún esplendor, pero ahora era una ruina deprimente y parecía contagiar al resto del páramo: sembrados abandonados, animales lánguidos, árboles resecos y chatarra por doquier. Llegando a la Casa White, el cielo siempre parecía más gris y el aire mas frío. La fachada –otrra imponente por el tamaño más que por su dudoso gusto- estaba derruida completamente. Las dos grandes ventanas del frente estaban rotas y mal tapiadas. El piso de la galería estaba levantando en algunas partes, hundido en otras y ausente en varios tramos. Por debajo crecía la violenta maleza que Bubba eliminaba placenteramente con su hoz.

El interior de la casa contaba con un living en la planta baja, que se abría a la izquierda de un recibidor polvoriento, sumando la cocina con aspecto de matadero. Estaba repleta de cuchillos, ganchos, piedras de afilar y martillos para moler huesos. Todo parecía destinado a preparar la comida del idiota Bubba. La higiene y el orden era un concepto desconocido para los White.

La familia vivía de lo poco que producían sus tierras y de algunos animales famélicos. El dinero que entraba –entre justo y escaso- provenía del alquiler de unos terrenos más lejanos a otros granjeros. Solo Harold trataba con ellos y tenía prohibido al resto de la familia establecer contacto. Los niños no asistían al colegio ni a la Escuela Dominical de la Iglesia más cercana –a siete millas- dirigida por el cruel Pastor Stanton. Éste sostenía que los White, producto de su histórico y lascivo pecado de endogamia, habían sido tocados por la “Marca de Caín”, la que Jehová puso sobre aquel maldito, para que no olvide la amonestación divina. El efecto de esa marca serían las horribles deformidades de la familia.

Hacia septiembre de 1877, el otoño iba llegando a Mullford County. El frío creciente y los vientos cada vez más fuertes provocaban que los White –sobre todo los niños- se recluyeran en su antro hediondo. Solo Harold, Alfred y John salían para las tareas cotidianas, y era el padre quien tenía una mínima conexión con Mullford City, a la que iba cada diez días en su destartado carro, tirado por un caballo viejo y tuerto.

Los demás quedaban guardados en la casa, a cargo de algunos quehaceres mínimos. Sin excepción, por las noches y luego de la cena, todos se congregaban en el living para que el viejo Carl lea un pasaje de la Escritura. Generalmente eran historias del Antiguo Testamento, llenas de sangre, traiciones familiares, reprimendas por adorar falsos dioses y tener contacto con los muertos. La típica

obsesión angloamericana con el pecado, el castigo y la culpa. El exceso bíblico de unos dementes fugados de su Inglaterra natal, que crearon miles de sectas, distantes de la Corona. Tanto los Puritanos como los White –aunque se detestaban mutua y orgullosamente- formaban la “pulpa” de la primitiva y oscurantista sociedad estadounidense.

Una noche, ya bien entrado el invierno, la lectura tocó la historia de Lot y el escape de las malditas ciudades de Sodoma y Gomorra. Afuera el frío golpeaba fuerte. El ambiente era agobiante y calor de las velas y de los leños concentraban el olor repulsivo e indescriptible de la casa y sus habitantes. Todos estaban muy inmersos en la lectura del viejo, intercalada por sus comentarios delirantes, basados en su supuesta autoridad teológica: un conjunto de barbaridades cercano a la blasfemia, para cualquier cristiano medianamente cuerdo.

Cuando la historia llegó al punto de la caída del Juicio sobre las dos ciudades, los hijos más pequeños escuchaban atentos y asustados. Los mayores estaban pensativos y cabizbajos. El matrimonio estaba rígido, seco, con una expresión dura y sombría. En tanto, el viejo se posesionaba y alzaba la voz, gesticulando con sus manos cadavéricas y cada tanto escupiendo al suelo. Realmente era un espectáculo de fanatismo y locura poco imaginable. La desgajada Biblia de tapa oscura y hojas amarillentas parecía palpitante por las llamas del hogar. El relato siguió con la parte en que Lot escapaba por milagro con su familia, su esposa mirando atrás y convertida en sal y la fuga del bíblico varón y sus hijas hacia las montañas.

Desde hacía tiempo, John, el segundo de los varones, sentía una fiebre que lo consumía por su hermana Molly. Él era un año y medio mayor y la chica; las más bonita entre las demás, parecía no percatarse del brutal y enfermo deseo de su hermano. El vicioso púber se las arreglaba para espiarla al vestirse, cosa que lo ponía frenético y lo hacía retorcerse y llenarse de ira. Las masturbaciones casi constantes no podían aplacar su oscura obsesión. John era deforme, pero tampoco tan estúpido como para no disimular su hambre por Molly. No quería correr riesgos y lo mantenía oculto.

Aquella noche, la historia bíblica continuaba en el lúgubre living y el viejo recorría con tono tenebroso una de las escenas más crudas del Antiguo Testamento: la fiesta sexual entre Lot y sus hijas. Según el Génesis, en su capítulo 19, versículo 33, Lot fue engañado por sus hijas y emborrachado. Al estar casi inconsciente fue acosado por ellas y tuvo sexo con la mayor, engendrándole un hijo que sería su descendiente y heredero.

La historia terminó con el viejo mirando a un punto fijo y callado. Uno a uno los niños se despidieron y se retiraron a dormir. Pero John, que estaba terriblemente excitado por el relato –desde el castigo divino a la mórbida escena de Lot y sus hijas- se escabulló de sus hermanos y salió al descampado, a la noche helada. Tenía una idea macabra, alimentada por la demencial atmósfera en la que vivía y por los distorsionados valores que los White profesaban.

EL VERDADERO TERROR

Por Alejandra Dorrego

Cuando estoy sola
me hablan.

Desnuda frente a las estrellas
(deshago en mis manos vísceras de animales).

Puedo pronosticar cuándo morirás;
en qué día, hora, lugar preciso.

Para eso necesito
que te sinceres conmigo,
que me hagas el amor en el cementerio.

Sobre un nicho de liendres, de insectos fétidos.

Te diré lo que tanto anhelas.

Siento el frío de los normandos,
en sus carabelas góticas.
Huelo su olor podrido,
de miles de kilómetros navegados.

Estoy preparada para vestir tu dolor.
(Hazme tuya, bestia, hombre de espíritu deforme).

Te aproximas a mí y dejas en el suelo
las marcas rojas, color cara de ángel.

Te aproximas y me besas,
así como el vampiro succiona
el silencio de su víctima;
mientras las telas de la noche
se incineran fuegos (alusivos a la cripta
blanca donde yace todo lo que será
violentado algún día). ❧

En plena madrugada, y amparado por el viento que gritaba como mil demonios, el chico logró entrar con total sigilo en la habitación de Molly. La penumbra del cuarto se cortaba por un mísero haz de luna, que entraba por una pequeña ventana. El enfermo miró a su hermana, que dormía profundamente. Comenzó a rascarse la entrepierna y babear, aunque se controlaba lo más posible para no hacer ruido. Con el riesgo de ser descubierto, se excitó aún más.

Finalmente se introdujo suavemente en la cama de la chica, que apenas se movió y no sintió al intruso. Al instante estaba siendo poseída por su hermano, que la tenía firmemente agarrada por los hombros y la cubría con su horripilante cuerpo. Molly salió de un sueño pesado y tardó un poco en comprender todo el horror. Cuando vio al perverso sobre ella y sintió un latigazo candente que desgarraba su sexo virgen, además de la sensación tibia y húmeda de la sangre, su propia sangre, trató de gritar con todas sus fuerzas. Solo chillidos y sonidos guturales salieron de su boca. John, mientras tanto, mezclaba gritos enloquecedores con una risa idiota, babeando constantemente el rostro de su hermana y lacerándola más y más, con cada embestida.

Fueron los gritos del degenerado –preso de una locura infernal- que despertaron a los demás. El primero en llegar a la habitación y ver el horrendo espectáculo fue Alfred, que apartó de un bestial golpe a su hermano mientras sacaba a Molly de la habitación, arrastrándola por el mugroso piso. Mientras los demás iban llegando a la puerta sin entender mucho que ocurría, fue Bubba –en un rapto de claridad, que quedará para siempre en enigma- el que reparó la ofensa.

Con su caminar inhumano y su mano libre, armada con una oxidada hoz, decapitó y abrió al violador en dos, salpicando al resto de la familia con su sangre. Sarah y Alice vomitaron al instante y cayeron desmayadas. Los pequeños lloraban más que nunca y sus padres se limitaron a calmarlos fríamente y regresarlos a sus cuartos. El viejo recitaba un Salmo con ojos perdidos.

Alfred tomó el amasijo de carne que quedaba de John y en una sábana lo llevó al descampado. Bubba lo siguió, completamente ensangrentado y emitiendo sonidos ininteligibles.

Finalmente, quemaron al cadáver del violador en una tosca pira bajo el frío de la noche. Las llamas se reflejaban en el rostro de los dos deformes, que no sintieron pena ni remordimiento. Tiempo después, la pequeña Molly daría a luz un bastardo, pero que, extrañamente, lograría crecer bastante sano y bien constituido. A los diecisiete años escaparía de la miserable y siniestra Casa White. A muchas millas, en otro estado, Ronald White se casaría, tendría hijos y una nueva vida. Ciento cincuenta y tres años más tarde de aquella noche de espanto, Stuart Clifford White, último descendiente de Ronald, llegaría a la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Sus primeras medidas serían la invasión militar de cuatro países y la lectura obligatoria del Antiguo Testamento en todos los colegios de la Unión. ❧

MONOMANÍAS

NUESTRO DEMONIO INTERIOR

Hay temas recurrentes en la narrativa de Edgar Allan Poe que denotan sus temibles obsesiones: la enfermedad y la muerte prematura, la corrupción de la belleza, el enterramiento vivo y algo muy particular: las agudas monomanías de sus personajes.

Por Claudio García Fanlo

Se denomina monomanía a un tipo de paranoia en la que uno solo puede pensar en una idea o tipo de ideas. La diferencia entre la monomanía y la pasión radica en que la primera se nos presenta en la forma de una terrible obsesión que altera gravemente nuestra funcionalidad social y nuestro sano raciocinio, obligándonos a llevar a cabo acciones aún en contra de nuestros principios éticos o morales. La pasión se elige; la monomanía se padece.

El personaje de *El corazón delator* padece una terrible monomanía y se ve “obligado” a matar obsesionado con el ojo del viejo: *“Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.”*

En *Berenice*, el enfermizo enamorado es “arrastrado” por su monomanía a la profanación y mutilación del supuesto cadáver de su prima: *“¡Los dientes!*

¡Los dientes! Estaban aquí y allí y en todas partes, visibles y palpables, ante mí; largos, estrechos, blanquísimos, con los pálidos labios contrayéndose a su alrededor, como en el momento mismo en que habían empezado a distenderse. Entonces sobrevino toda la furia de mi monomanía y luché en vano contra su extraña e irresistible influencia. Entre los múltiples objetos del mundo exterior no tenía pensamientos sino para los dientes. Los ansiaba con un deseo frenético... Sentí que solo su posesión podía devolverme la paz, restituyéndome a la razón.”

Pero en Poe, las monomanías son solo un síntoma, el emergente del tenebroso trasfondo de nuestra condición humana. El mal no es algo ajeno a nuestra naturaleza. La raíz del mal está dentro de nosotros y se nos manifiesta en la forma de una enfermedad que somete nuestra propia voluntad, como lo expone en estos breves pasajes en *El Gato Negro*: *“Nuestra amistad duró así varios años, en el curso de los cuales (enrojeczo al confesarlo) mi temperamento y mi carácter se alteraron radicalmente por culpa del demonio. Intemperancia. Día a día me fui volviendo más melancólico, irritable e indiferente hacia los sentimientos ajenos.” (...)* *“Y entonces, para mi caída final e irrevocable, se presentó el espíritu de la perversidad. La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu; y, sin embar-*

go, tan seguro estoy que mi alma existe como que la perversidad es uno de los impulsos primordiales del corazón humano, una de las facultades primarias indivisibles, uno de esos sentimientos que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en momentos

en que cometía una acción tonta o malvada por la simple razón de que no debía cometerla? ¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a transgredir lo que constituye la Ley por el solo hecho de serlo?"

En otros cuentos, como *El retrato oval* (el pintor obsesionado en el retrato de su esposa) y *La máscara de la muerte roja* (obsesión del príncipe en la peste), también hay marcadas monomanías en los personajes. En todos los casos las consecuencias son terribles. Pero mi intención al realizar este breve análisis, es poner el énfasis en una cuestión: la topología del mal. El mal no proviene del exterior, no es

ajeno a nosotros. El mal se origina en y desde nosotros mismos. El monstruo es el mismo ser humano.

Creo que ésta es la clave en la que radica la vigencia y eficacia del horror que nos transmite la obra de Poe. No nos obliga a imaginarnos seres o eventos

extraños y ajenos a nuestra realidad diaria, sino que nos enfrenta a nosotros mismos. Sus cuentos son el espejo donde podemos ver reflejada nuestra verdadera naturaleza. Nos horroriza la venganza perpetrada de manera tan fría y macabra en *El barril de amontillado*; nos espanta saber que fueron hombres de carne y hueso los que desde la Inquisición planificaron los tormentos más pavorosos y macabros en *El pozo y el péndulo*.

Sin dudas, Poe nos develó la ver-

dadera naturaleza del ser humano. Interpretó magistralmente que el verdadero horror proviene de nosotros mismos, quizás porque el mismo se horrorizó al descubrir su propio monstruo interior.

Esto es todo, ¡y nada más! 𐄂



NAHUALLI

Por Paola K'luc



Hombre Coyote, corazón de obsidiana
que camina descalzo
en los nueve niveles del Mictlan.
Espíritu guerrero de la Madre Luna
Diosa Meztli
de lengua sangrante.

Hombre Tecolote, mirada de halcón
que vuela vigilante sobre
el divino Aztlan
la Tierra Madre.

Hombre Serpiente de dientes limados.
Guardián del fuego y del rayo.
Poseedor de la magia de dioses.
Colibrí – Venado.
De ojos profundos.

Nahualli Nocturno,
Sagrado Nahualli,
que tomas los corazones
de los honrados sacrificados en tus manos
y se los entregas a los Dioses. 𐄂

DOPPELGÄNGER

Por Fernando eFe PI



El que ve a su doble es que va a morir
Johan August Strindberg

De pronto todo cambió. Mis emociones determinadas por ese penetrante sentimiento incómodo se desvanecieron por completo. Es como si esa rara representación de peligro —real o hipotético— nunca hubiera existido. A decir verdad no entiendo qué es lo que pudo haber sucedido, o tal vez sí, pero mi mecanismo de autodefensa bloquea una y otra vez el recuerdo de ese momento preciso; un instante que, cuando la razón me lo permite, es difícil de olvidar.

La madrugada del 22 de febrero fue la última vez que lo vi; de ahí en más llevo semanas durmiendo a toda hora, sin diferenciar el día de la noche, sin soñar esas espantosas pesadillas que me torturaban... Dejé por fin de escuchar sus molestos cuestionamientos que, una y otra vez, perturbaban mi concentración; un proceso psíquico que, para llevar a cabo la tarea que me encomendaron hace un tiempo, era primordial.

Pero no fue lo único que tuve que soportar porque para ser honesto más de una vez presté atención a sus locuras y hasta llegué hacer caso omiso de sus “consejos”. ¡Qué idiota fui! Hoy puedo decirlo, pero bueno, lo hecho, hecho está. Y yo nunca me arrepiento de las decisiones que tomo.

Escribir sobre los terribles hechos que tuvieron lugar en el hospicio de Santa Bernadina a fines de julio pasado en el que un interno asesinó a 33 pacientes no fue fácil: muchos testimonios, muchas hipótesis, muchos porqués... Tal vez sin su ayuda hubiera sido imposible poner en papel este siniestro caso. Los dos éramos periodistas, estudiamos juntos, tuvimos los mismos amores, trabajamos en los mismos periódicos, lo conozco de toda la vida. Éramos como dos gotas de agua. Nunca sentí celos; creo que él tampoco. De hecho se ofreció desinteresadamente a ayudarme con este libro, el más importante de mi carrera profesional, el que me iba a sacar de la ruina en la que estaba, por el que recuperaría a mi familia, mis afectos... Yo acepté su “ayuda”, pero al tiempo no toleré más su presencia, sus formas, su manera de ver el mundo... Hace mucho tiempo que lo vengo aguantando, pero por fin se fue para siempre. No hubiese querido que todo termine así, pero bueno, lo hecho, hecho está. Y yo nunca me arrepiento de las decisiones que tomo.

Ese instante que, cuando la razón me lo permite, es difícil de olvidar, lo recuerdo como si fuese hoy. Me faltaba el capítulo final del libro, lo más importante, las conclusiones. Hacía dos horas que miraba el blanco de la hoja y no podía armar la oración inicial. De repente, un ruido rompió la monotonía del silencio, me di vuelta y lo vi. Entraba y salía de la habitación como se le antojaba el muy desalmado. No atiné a preguntarle nada. En su boca se esbozó una sonrisa, socarrona, de complicidad. La misma que hago yo cuando estoy pergeñando algo. En su mano tenía un revolver que lentamente llevó a su sien y, sin más preámbulos, se disparó.

En el mismo momento, mi cuerpo se desplomó sobre el escritorio; de mi cabeza brotaba sangre a borbotones. Mis ojos se cerraron. Nunca más supe de él. ❧

H. P. LOVECRAFT

EL HORROR SOBRENATURAL

Uno de los maestros del terror trajo de las profundidades del espacio a sus Dioses Primordiales, cuya guerra atravesó el vientre de nuestro planeta. También fue su vida una guerra entre la miseria, la locura y una iluminación cifrada en gritos y silencios.

Por Juan-Jacobo Bajarlía

A caso el silencio de los espacios siderales, la eternidad, la soledad y los seres invisibles sean significantes del terror. Carlyle intuyó esta eternidad en *Sartor resartus* (III, C.III). Pascal se aterrorizó ante ella y edificó una significación equivalente a la muerte.

El silencio de esa eternidad en la que brotaba el miedo y se diluía la conciencia, fundó ese otro silencio que en *La metamorfosis*, de Kafka, convirtió en insecto a Gregorio Samsa.

Pero el silencio que lleva al sentimiento terrorífico, está impregnado de horror y de seres invisibles o monstruosos, distorsionados, con voces guturales o sin habla. Nadie los ha visto, y si alguno se hiciera visible, ello sería el fin o el aniquilamiento de los humanos. H. G. Wells lo hizo posible en los marcianos de *The war of the worlds* (1898) y en el haploteuthis, el gigantesco cefalópodo de *The sea raiders* (1896), surgido de los abismos del mar.

Todo esto reverdecía en un niño que vivió el miedo y la locura de sus padres, un niño que nació en Providence, Rhode Island, y se llamó Howard Phillips Lovecraft. Él se impregnó de los seres invisibles que poblaban el mundo y los espacios orbitales. Supo lo que era el miedo a lo desconocido y lo definió en su *Supernatural horror in literature* (1927).

Después creó la estirpe de los dioses arquetípicos y primigenios, la cosmo-

grafía de Cthulhu y los Profundos, que viven en las cavidades del mar o en los abismos espaciales esperando retomar a la Tierra y destruir a los humanos: Azathoth, Yog-Sothot, Nyarlathotep, el mismo Cthulhu, hundido en R'lyeh, pero al acecho de la destrucción, y otros seres horribles. Y junto con ellos, el impío Al-Azif o *Necronomicón*, de Abdul Alhazred, un poeta loco que el autor de Providence ubica en el siglo VII.

El miedo de Lovecraft se instaló en el hombre de nuestro tiempo. El quebrantamiento de la dialéctica y el fin de la historia, son significaciones que acaso germinaron en el horror que nutre su obra.

Los seres subterráneos

El misterio, los túneles secretos donde yacían o vegetaban antiguos monstruos, los seres subterráneos que lo acosaron desde niño cuando recorría los fenecidos vericuetos de Providence, o escuchaba las historias terroríficas que le contaba el abuelo, marcaron la primera etapa de este genial escritor que fue H. P. Lovecraft o sencillamente el Sumo Sacerdote Ech-Pi-El, como firmada sus cartas convirtiendo a la fonética las iniciales de su nombre.

Influido, entonces, por el abuelo, por los libros que éste tenía en su inmensa biblioteca, y por autores como Lord Dunsany, Edgar Allan Poe, M. P. Shiel, y Bram Stoker, sus primeros relatos y

muchos de los últimos están estructurados sobre la base de un sótano o una cripta, un pasadizo y un monstruo que por artes mágicas o sobrenaturales se alimenta de otros seres.

Las voces secretas

No tenía ni 10 años cuando concibió su primer cuento: *El noble oyente*, que trata

de un niño, quien repentinamente extraviado en una cueva, oye los planes de destrucción de seres subterráneos que conspiran contra los humanos.

El abuelo, hombre de vastas lecturas, vio en esas líneas iniciales al futuro escritor. Lo alentó a pesar de los defectos

de su prosa. Indudablemente el joven Lovecraft había fundado en ese cuento su inminente narrativa.

Era la época en que tenía frecuentes pesadillas en cuyos sueños lo acechaban seres gomosos y sin rostro. El mismo Lovecraft lo dirá después. Recordará que en esas pesadillas veía una especie monstruosa de entidades que él llamaba alimañas descarnadas:

“Las alimañas descarnadas eran unos seres sin rostro, todos ellos negros y alas de murciélago. Es posible que tales imágenes provinieran de una mezcla de los dibujos de Doré (especialmente los del Paraíso perdido) que me deslumbraban durante la vigilia.”

Las voces secretas están en sus sueños y en su imaginación. Las lleva en el in-



consciente, desde donde fluyen a su memoria y a los relatos que van delineando su intransferible perfil.

En 1898, cuando Lovecraft tenía 8 años, intentó otro relato con un túnel: *El sótano secreto o la aventura de John Lee*.

El sótano conduce a un pasadizo secreto en el que John y su hermana,

al cavar en él, hallan una caja de la que se apoderan. Pero la excavación da paso a un torrente en el que se ahoga la hermana. John Lee se salva. La caja, que es el botín de esa aventura, contiene un lingote de oro valuado en 10.000 dólares. La muerte de la hermana por muy poco.

Los miedos de la infancia siguieron vigentes y a veces amalgamados con sus aficiones. Le gustaban los gatos, en

quienes veía seres astutos y enigmáticos, presencias de un mundo mítico que aun tenía vigencia. Cuando escribe *Las ratas en las paredes*, su protagonista, De la Poer, vivirá en la casa maldita con 7 criados y 9 gatos. Pero no bastarán estos felinos. Lovecraft le añade al relato otros de sus terrores infantiles: las ratas. Y de esta manera enriquece la obra con

la maldición que pesa sobre la mansión en que vive De la Poer, referida a un ejército invisible de ratas que solo él y los gatos podrán oír. El protagonista, sin embargo, no tendrá posibilidades para eludir la maldición. Un túnel lo conducirá a una caverna llena de jaulas con esqueletos humanos, vestigios de un culto

canibal practicado en otros tiempos. De la Poer terminará enrejado, oyendo el deslizamiento infinito de las ratas.

Criptas y túneles

El terror al vacío y el miedo a la soledad, manifestados por Lovecraft por la enfermedad y muerte prematura de sus padres, fueron, en parte, los determinantes de las criptas y los pasajes secretos

de sus argumentos. También influyó en él M. P. Shiel, quien ya en *The Purple Cloud* (1901), nos hablaba de un ser de infinitud de ojos que moraba en el centro de la Tierra. O de aquellos esqueletos de peces con rostro humano de *Xelucha* (1904), invadidos por gusanos que devoraban la úvula para continuar caprichosamente por sus adyacencias.



No sería extraño que Lovecraft lo hubiera seguido no solo en las obras citadas, sino también en *La Ciudad Sin Nombre* (1923) y en *Prisionero de los faraones* (1924). En la primera nos describe un descenso en una cripta, de donde

seres con alas de murciélago llevan en sus grupas a otros seres. En *Prisionero de los faraones* el protagonista es secuestrado por una banda y bajado a un túnel cerca de la Esfinge de Gizah, en la que se practican “excrables” rituales eróticos.

Hay algo más que ya se observa en ese ser repulsivo que en *Beast in the cave*, escrito a los 13 años, pugna por estallar

desde el sótano en que está metido. Es esa axiomática de la transgresión de que hablaba Maurice Levy en su *Lovecraft ou du fantastique* (1972). Una axiomática en la que se corta el aflujo de la realidad por otra instancia en que privarán los seres gomosos o las criaturas fantasmales del mundo onírico.

Eso no impedirá un tratamiento racional del argumento. Estos monstruos, en efecto, actúan inmersos en un mundo material en el que se distinguen de los demás solo por sus formas fantasmales. Coexisten con los humanos en extraños contubernios que únicamente son posibles en los sueños.

A veces se invierten los hechos y son los humanos los que invaden el mundo de los sueños, como acaece en la saga de Randolph Carter, en uno de cuyos volúmenes, *En busca de la Ciudad del Sol Poniente*, el protagonista desciende audazmente “los 300 peldaños que conducen al Pórtico del Sueño Profundo”. Los seres oníricos, los silenciosos zoogs, le dirán a Carter qué debe hacer para estar en contacto con los Grandes Dioses. La inversión de los hechos no excluye, sin embargo, el tratamiento material de los protagonistas. O en otros términos: es el realismo dentro del sueño.

Hay un instante en el que Carter pierde la llave de la puerta que conduce al mundo onírico (como se ve en *La llave de plata*). Pero angustiado entre distintos objetos, hallará una vieja llave de plata con la que llega a un escondite de su infancia. Es el acceso al misterio. Allí se transfigura en el niño que fue y vuelve a la región de los sueños. La llave de plata que halló Carter, es el

símbolo de la propia vida de Lovecraft. Éste también la buscó, y cuando la halló en su escritura, solo pudo regresar a un mundo que siempre deseó, pero poblado de seres intangibles dictados por su memoria prodigiosa.

Un genio del horror

En el número 88 de Benefit Street, en Providence (Rhode Island), Edgar Allan Poe se enamoró de Sara Helen Whitman y juró dejar la bebida. Fue en 1848 y no cumplió. Ella lo abandonó y él murió ese año.

Varias décadas después, a poco trecho de esa calle, en Agell Street, un adolescente, Howard Phillips Lovecraft, repartía su imaginación entre una lectura de Poe, poblada de dobles invisibles, y otra de Scott-Elliot, llena de seres gelatinosos que se alzaban sobre sus endeble esqueletos lemurianos (*The lost Lemuria*). Había nacido en 1890, cuando Jack el Destripador había dejado sobre los muros de la lejana Whitechapel, en Londres, el testimonio de la burla más sangrienta contra la infalible Scotland Yard.

Los seres gelatinosos

Este adolescente, más bien, este niño, a los 14 años (en 1905) escribirá la primera obra de su estilo peculiar: *The beast in the cave* (La bestia de la cueva) y en ella nos dirá: “...estas pisadas (las que provenían de la cueva) no eran como las de un hombre mortal (...) me pareció distinguir el rumor de cuatro pies en vez de dos (...) La criatura que yo había matado, la extraña bestia de la insondable caverna, era, o había sido en algún tiempo, ¡¡¡un HOMBRE!!!”.

El espíritu de Scott-Elliot, más que las excentricidades tipográficas y de puntuación imitadas de Poe, lo persiguió a través de toda su obra. Y tras ese espíritu y sus fantasmas, la enfermedad (Lovecraft era alérgico al frío), la soledad, la pobreza (vivía con 15 dólares semanales), los demonios de Salem, el ajusticiamiento de las brujas, debió edificar los mitos de un desamparo que lo mordió profundamente.

Su padre, según relato autobiográfico del mismo Lovecraft (*Autobiography*, Sauk City, Arkham House, 1963), murió de un *surmenage* nervioso que lo inmovilizó durante cinco años. Su madre, devorada por la neurosis y ya en imbatible desequilibrio, murió en el Butler hospital, en 1921. Los seres gelatinosos cuchicheaban desde los abismos terrestres. O bien desde esa ciudad de R'lyeh

que él mitificara aliado del enigmático Cthulhu llegado desde los espacios siderales con otros dioses primigenios como Nyarlathotep y el impío Azathoth que encabezó la rebelión contra ellos.

El horror preternatural

En 1927 Lovecraft escribe su ensayo sobre *Supernatural horror in literature*, que mucho después aparecería en el volumen *Dagon and other macabre tales*. El libro es esencial para enfocar el concepto que éste tiene del horror sobrenatural en la literatura. Ya en la Introducción lo define como un miedo a lo desconocido que de alguna manera puede hacerse extensivo a la literatura de terror. No da precisiones, pero considera que “*lo desconocido, lo imprevisible*” fue la fuente omnipotente y terrible que en el pasado perturbaron a la humanidad.





Reconoce que este sentimiento de miedo a lo desconocido se ha ido reduciendo a través del tiempo. Considera, no obstante, que la mayor parte del Cosmos exterior “*aún permanece sumergida en un depósito de Infinito misterio*”.

Admite, por iguales razones, que existe un terror cósmico y que el cuento preternatural “tiene algo más que los usuales asesinatos secretos, huesos ensangrentados o figuras amortajadas y cargadas de chirriantes cadenas”. Para que exista el horror es imprescindible “*cierta atmósfera de intenso e inexplicable pavor a fuerzas exteriores y desconocidas*”. Y por otra parte “*una suspensión o transgresión maligna y particular de esas leyes fijas de la Naturaleza que son nuestra única salvaguardia frente a los ataques del Caos y de los demonios de los espacios insondables*”.

Por último, en esta misma introducción expresa: “*debemos considerar preternatural una narración, no por la intención del autor, ni por la pura mecánica de la trama, sino por el nivel emocional que alcanza en su aspecto menos terreno*”.

La novela gótica

Fiel a tales principios, analizando la novela gótica, invalida “las efusiones escolares” del poeta Shelley en *Zastrozzi* (1810) y *St. Irvyne* (1811) (ambas imitaciones de *Zofloya*).

En cambio, al referirse a la *Historia del califa Vathek*, del que llama “acaudalado diletante” William Beckford, la trata con cuidado y luego la invalida. Beckford, profundo conocedor de la narración oriental, escribe Lovecraft, “*captó la atmósfera con inusitada receptividad, y supo reflejar poderosamente en su fantástico volumen el lujo arrogante, la desilusión oculta, la mansa crueldad, la tradición afable y el horror oscuro y espectral del espíritu sarraceno*”.

Esquematiza luego el argumento y nos dice: “*Vathek nos habla del nieto del califa Harún, quien, atormentado por esa ambición de poder, placeres y conocimientos supraterrénos que anima al malo del relato gótico y al héroe byroniano –tipos esencialmente similares–, es atraído por un genio maligno bajo el señuelo de descubrir el trono subterráneo de los poderosos y fabulosos sultanes preadamitas, en las ígneas moradas de Eblis, el Diablo mahometano*”.

Lovecraft sigue adentrándose en el Vathek: “*Las descripciones de los palacios y diversiones de Vathek, de su intrigante madre la hechicera Carathis y su torre embrujada con las 50 negras tuertas, de su peregrinación a las ruinas encantadas de Istakhar (Persépolis), de la esposa maliciosa Nouronihar, a quien adquirió con engaño por el camino, de las torres y terrazas primordiales de Is-*

takhar bajo la ardiente Luna del desierto, y de las terribles moradas ciclópeas de Eblis donde, atraídas con promesas deslumbrantes, las víctimas se ven obligadas a vagar angustiadas, eternamente, con la mano derecha sobre el corazón inflamado, son triunfos de colorido espectral que dan al libro un lugar permanente en las letras inglesas”.

A pesar de estos elogios, termina diciendo que Beckford carece del misticismo que caracteriza la literatura preternatural. De acuerdo con esto, sus narraciones carecen de sensibilidad, lo que le impide alcanzar el puro terror pánico.

Pasa después al *Caleb Williams* (1794), de William Godwin, “el teórico de la economía utópica”, sin olvidar su *St. Leon* (1799) en el que introduce el tema de los rosacruces manejado con ingeniosidad y atmósfera convincente. Finalmente cree que el *Caleb Williams* no es sobrenatural, pero posee muchos detalles de auténtico terror.

Sus juicios son certeros, incluso cuando manifiesta que *Frankenstein, o el moderno Prometeo* (1817), “*es uno de los clásicos del horror de todos los tiempos*”. También hay cierta objeción. Afirma que la crítica no pudo probar que las mejores partes del *Frankenstein* se deben a Shelley y no a la autora, o a su esposa, como dice. Su erudición lo lleva a considerar que

Walter Scott abordó lo preternatural en relatos como *The tapistred chamber* y *Wandering Willie's tale*, incluidos en *Redgauntlet* en el segundo de los cuales, nos dice Lovecraft, lo espectral y diabólico están realzados por la frialdad grotesca del lenguaje y el ambiente. Nos recuerda, asimismo, que Walter Scott publicó, en 1830, sus *Letters on demonology and witchcraft*, “*que aun constituyen uno de nuestros mejores compendios del saber brujeril en Europa*”.

Hay indudablemente, una adhesión incondicional a Walter Scott, un autor tan reaccionario ideológicamente como el mismo Lovecraft, aunque éste, en algún momento se desdijo de sus propias actitudes.

Cumbres borrascosas

El texto termina con un comentario de *Cumbres borrascosas* (1847), de Emily Brontë, referido al miedo ante lo desconocido que es una de las significaciones del horror en Lovecraft. Transcribo literalmente: “*Totalmente aparte como novela y como obra literaria de terror, se encuentra la famosa Cumbres borrascosas de Emily Brontë, con sus enloquecedores paisajes –los páramos desolados de Yorkshire– y las vidas violentas y atormentadas que en ellos se desarrollan. Aunque se trata ante todo de un relato sobre la vida, y sobre las pasiones humanas en conflicto y agonía, su marco*

épicamente cósmico da cabida a un horror de lo más espiritual.

Heatcliff, variante del héroe malvado byroniano, es un niño raro y huraño al que encuentran en la calle de pequeño. Solo habla una especie de extraño galimatías, y es adoptado por la familia a la que al final arruina. Se insinúa repetidamente que se trata de un espíritu diabólico, más que de un ser humano; pero lo irreal se hace aún más patente cuando el visitante se encuentra con el espectro lastimero de un niño en una ventana superior arañada por las ramas.

Entre *Heatcliff* y *Catherine Earshaw* nace un vínculo más profundo y terrible que el amor humano. Después de la muerte de ella, el turba su sepultura dos veces, y es atormentado por una presencia implacable que no puede ser otra que la del espíritu de *Catherine*. Este espíritu se va introduciendo en su existencia cada vez más, hasta que finalmente adquiere la convicción de que muy pronto se unirán místicamente. Dice que siente acercarse un extraño cambio y deja de tomar alimento.

Por las noches sale a pasear, o abre una ventana que tiene junto a la cama. Cuando muere, la lluvia bate las hojas de la ventana, aún abierta, y una extraña sonrisa inunda su rostro rígido. Lo entierran en una sepultura junto al montículo que él ha visitado durante 18 años, y los pastorcillos... que aún pasea con su *Catherine* por el cementerio y por los páramos cuando llueve. Sus rostros se ven a veces, también, detrás de esa ventana superior de *Wuthering Heights* en las noches de lluvia". Lovecraft afirma que el misterioso terror

de Emily Brontë no es un terror gótico, "sino la tensa expresión de la reacción estremecida del hombre ante lo desconocido". Esta circunstancia, escribe Lovecraft, convierte a *Cumbres borrascosas* en el símbolo de una transición literaria y marca el crecimiento de una escuela nueva y más vigorosa. Nadie puede negar los juicios críticos de Lovecraft. Sus vastas lecturas lo erigen en un analista que si bien fuerza algunas interpretaciones para demostrar en qué reside el horror, no deja de ubicarse en el justo medio que dará validez a toda su obra.

La lectura como experiencia

Allí, en esa pequeña obra de 1927 acerca del horror sobrenatural en la literatura, están sus puntos de vista y la distancia que lo separa de los autores en análisis. Los amigos de su círculo, aquellos que le eran incondicionales, festejaban sus juicios cuando Lovecraft se los leía. Incluso Frank Belknap Long lo instó a que publicara fragmentariamente este libro a fin de enriquecer el conocimiento de to-

dos ellos y especialmente los de ciertos integrantes del Kalem Club.

Lovecraft sonreía a la buena voluntad de sus amigos. Consideraba que éstos eran altruistas y pretendían lo mejor y lo más importante de la li-

teratura para los que se inician o ya eran escritores. Pero creía que todos ellos, ocupados en otras labores, no meditarían acerca de los escritos cuyas diferencias o aciertos trataba de establecer.

"Era pura gratuidad", expresaba. Y

luego, con cierto escepticismo continuaba diciendo que era mucho trabajo para aquellos que ya se creían in-

mortales o superiores a los que de

alguna manera ya estaban consagrados. No se oponía, sin embargo, a que sus amigos sacaran copias de sus escritos. Fuera del círculo de allegados, los demás no existían.

Un día, estando ya casado con Sonia Greene, le informó de todo lo que él creía qué debía ser el horror en la literatura. Le habló de lo fantástico y del terror. Trató de definir el miedo a lo desconocido y el espanto atávico que el hombre arrastra desde el nacimiento.

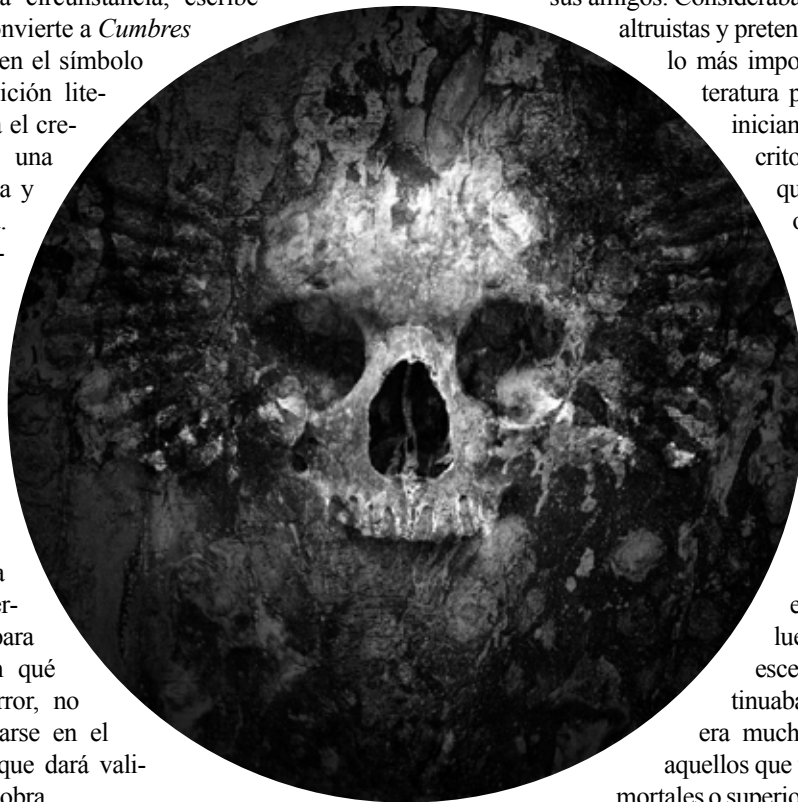
Sonia Greene lo escuchó un instante y luego lo interrumpió con esta frase o algo semejante: "¿De qué sirve la lectura sobre el horror si cada escritor tiene sus propios temores que pueden o no llevarlo a la escritura?".

Ella, en realidad, no había entendido a Lovecraft. Pero éste no se inmutaba. Él, sí, tenía terrores atávicos, pero no los escribía porque ya estaban en él, como pretendía Sonia, sino porque, además, los analizaba y los frecuentaba. Luego, para destacarse como un escritor en este género de lo sobrenatural, era imprescindible, así pensaba el autor de *La llamada de Cthulhu*, estar al tanto de aquellos que lo habían precedido en tales significaciones.

Vida en el laberinto

L. Sprague de Camp exaltó la vida de este genio del horror en Lovecraft, *A biography* (Doubleday, 1976). También, en 1976, Frank Belknap Long, amigo entrañable de Lovecraft, había publicado su *Howard Phillips Lovecraft. Dreamer on the night side* (Soñador a la orilla de la noche), que otro amigo, Edgar Hoffmann Price, en *The year's best horror stories* (serie IV, New York, Daw Books, 1976), considera más conmovedora y más exacta que la anterior. Es posible que haya alguna razón para admitir este juicio. Yo creo que la objetividad de Sprague de Camp, pese a la alteración de algún detalle no fundamental, hace de su biografía un libro insustituible para el estudio de Lovecraft.

Sprague de Camp nos relata cómo comenzó el creador de los *Mitos de Cthulhu* a colaborar en *Weird Tales*, fundada



en 1923 por Jacob Clark Henneberger con la dirección de Edwin F. Baird. Instado por sus amigos le envió una carta al director acompañando su *Dagon*. Le decía en ella que éstos habían insistido en que él le sometiera “unos cuantos horrores góticos a su recién fundado periódico”. Pero agregaba: “Si el cuento no puede imprimirse tal como está escrito, hasta en su última coma, le ruego que acepte mi negativa”.

El director aceptó las condiciones.

Por esa época ya insistía en sus ideas aristocráticas y racistas. Destacaba la importancia de los arios y arremetía contra los judíos. Pero su mujer, Sonia Greene, con la que se casó en 1924, le recordaba que ella pertenecía a esta raza y que “procedía de las hordas extranjeras” que él injuriaba. Lovecraft contestaba afablemente: “Ahora eres Mrs. H. P. Lovecraft de Angell Street 598, Providence, Rhode Island”. Es decir, Lovecraft no creía verdaderamente en la superioridad de ninguna raza. Era, quizás, un reaccionario en abstracto.

Los otros mundos

Las privaciones y la muerte, después la soledad y el frío, instancias del mismo signifiante, impulsaron a Lovecraft a lo que Maurice Levy, en *Lovecraft ou du fantastique* (1972), denominará axiomática de la transgresión.

Desde ese instante se refugiará en otras fuerzas. El esoterismo, la superstición, el mito y lo sacrilego (la Golden Dawn, Arthur Machen), como fórmulas de lo sobrenatural, lo llevarán, a pesar de su apatencia por lo científico, hacia el vórti-

ce de una dimensión en la que el Planeta, fecundado por los dioses arquetípicos, coexiste con los mundos paralelos.

Para esos mundos abominables y fantásticos, poblados por los extraterrestres, creó su propia cosmogonía. Sus deidades incorruptibles y sus libros sagrados como el *Necronomicón*, el *Texto de R'lyeh*, los *Manuscritos pnakóticos* y el *Libro de Eibon*.

El primero de ellos (Al-Azif, en árabe), fue escrito por el supuesto Abdul Alhazred, un poeta loco de Sanaa, en el Yemen, que Lovecraft crea y ubica por primera vez en *La Ciudad Sin Nombre* (1921). Pero el *Necronomicón* o Al-Azif aparecerá en *El sabueso* (1922) y en *El ceremonial* (1922). En este relato, además, describe las ciudades imaginarias de Arkham y Kingsport.

El *Necronomicón* fue redactado en el siglo VII. Lovecraft nos dirá que Abdul Alhazred estuvo en Babilonia y en los subterráneos secretos de Menphis, donde tomó contacto con los Espíritus del Mal y las creaciones bestiales de la muerte. Murió en Damasco, devorado por un monstruo invisible ante una multitud horrorizada que solo vio cómo desaparecía fragmentariamente.

Lovecraft vivió 47 años (1890-1937), y como Charles Fort en el *Libro de los condenados* (1919), murió buscando esos extraterrestres que, según la tesis de sus obras, poblaron la Tierra antes del advenimiento del hombre. ❧

❧ Extracto del libro *H. P. Lovecraft, el horror sobrenatural*, Juan-Jacobo Bajarlia, Editorial Almagesto, 1996.

EL ÁNGEL EXTERMINADOR

Por Rodrigo San Miguel



Ya nadie reparaba en su presencia, todo Azul se había acostumbrado a su presencia. Solemne guardián de los muertos, El Ángel Exterminador da la bienvenida a todos los visitantes del cementerio.

Obra máxima de uno de los tantos italianos de nacimiento y argentinos de exilio, Francisco Salamone, quien peregrinó por la Pampa desperdigando la magia que hacía en hormigón, con la rapidez, la precisión y la frialdad de la modernidad. Fueron más de 60 obras realizadas en menos de 4 años. Mataderos, ayuntamientos, esculturas, plazas, fuentes, bancos, farolas y hasta muebles, adornaron pequeños pueblos perdidos en la recóndita Provincia de Buenos Aires que comenzaba a vaciarse (más aún) por la incipiente migración hacia la Capital alentada por las políticas del ascendente peronismo de la época. Extraña paradoja que el mismo movimiento fue el que alentó el arte de Salamone, financiando sus obras, en un macabro intento de reemplazar a la juventud emigrada por figuras de hormigón.

El Ángel tenía como lugarteniente a Don José Argento en la tarea de cuidar los restos mortales que llegaban al cementerio. Los muertos que cuidó Don José, en una tarea que siempre imaginó delegada en su hijo Guillermo.

Guillermo, estudiante frustrado de arquitectura, encontró en la súbita parálisis que atacó a su padre, la excusa perfecta para solucionar su miedo a volver al pago.

Buenos Aires, con sus altos edificios, con su frenética velocidad para vivir y su gente alienada lo habían espantado. La facultad no resultó el refugio intelectual que él suponía, un lugar de cultivo profesional, donde la vocación que había demostrado desde niño, cuando recorría con la palma de su mano las viejas edificaciones de Azul soñando con ser el artífice de cosas similares en su adultez, por fin se verá florecer.

No resultó así.

La Universidad de mitad de los 70's, ese hervidero de revoluciones de probeta, de violencia y de enfrentamiento, de sangre derramada y de sangre por derramar, no fue el invernadero donde Guillermo vería crecer su vocación. Pero volver así como así lo hubiese convertido en un perdedor dentro del pueblo, y por sobre todo, dentro del corazón de su padre. Solo los perdedores volvían. La vida estaba en la Gran Ciudad; solo la muerte residía en Azul, ante la atenta mirada del Ángel de Salamone.

La gota que colmó el vaso sucedió esa extraña noche de julio. Fría como pocas. Violenta como muchas en aquellos años aplomados.

– Pibe, no te vayas que hay asamblea – fue más una orden que una invitación lo que escupió aquel hombre de bigotes frondosos, abrigo largo y bulto metálico en el cinturón.

– Pero yo trabajo temprano mañana... además esto de la militancia no es para mí – trató de excusarse Guillermo.

– La revolución es de todos, te guste o no... Así que quedate, quién te dice en una de esas podés servirnos de algo. Se te ve prolijito y culto, quizás puedas

darnos una mano... – el discurso tenía el dejo dulce de la prédica, pero escondía la dureza del reclutamiento.

– Te agradezco, pero no... no tengo tiempo, yo trabajo, y la facultad... necesito terminar la carrera y...

Las manos se aferraron como tenazas en la camisa barata de Guillermo, los botones cayeron junto a los libros en un estruendo sordo del que nadie dio cuenta, o no quiso dar cuenta en la puerta de la Facultad de Arquitectura. Salvo por dos pares de ojos que miraban atentamente el hecho desde una distancia prudente.

– Mirá, burguesito de mierda... esto va a explotar y en algún momento todos los putitos como vos van a tener que elegir bando, les guste o no. Y te juro que no te va a gustar que te encuentre del lado contrario.

Con la misma rapidez que lo apresaron, esas manos lo soltaron, dejándolo caer apenas unos centímetros, pero que a Guillermo le parecieron metros. Cayó de rodillas frente a aquel hombre, que como acto reflejo llevó sus manos a la cintura resaltando ambos bultos en su ingle, el metálico y el carnal, fuente misma del poder que creía tener.

Guillermo trató de caminar lo más rápido posible, con sus brazos anudados alrededor de los libros que amagaban con caerse cada vez que volteaba para ver si aquel hombre seguía allí, o si ya había desenfundado y estaba a punto de volarle la cabeza de un balazo.

La pesadilla continuó al llegar a su casa. El par de ojos que registraron toda la escena en la facultad lo estaban esperando allí. No hizo falta que se lo dijeran, Guillermo sabía que lo habían visto con aquel sujeto. Los Ray-Ban ahumados a pesar de la noche, los largos sobretodos, el Falcón sobre el cual estaban apoyados; todos los elementos se conjuraban para hacerle creer que nunca más vería los campos de Azul, ni a su padre, que seguramente se encargaría de cuidar sus restos en el cementerio; si es que su cuerpo aparecía.

– Buenas noches... ¿Guillermo Argento? – la amabilidad, si bien algo rústica y obviamente falsa, sorprendió a Guillermo, que nunca pensó que las detenciones tuvieran esa secuencia. Imaginó capuchas, patadas, culatazos en la oscuridad y un aterrizaje doloroso en el amplio baúl del Ford.

– Sí, señor oficial – cerró los ojos y juntó los dientes al darse cuenta de lo errado del enunciado aunque por suerte para él, el agente sonrió al escucharlo.

– ¿Conoce a este hombre?

La foto del bigotudo de la facultad estaba maltratada por el doblez, pero era obvio de quién se trataba. Guillermo se apuró a responder, tratando de congraciarse

– No... Bueno, sí. Lo he visto en la Facultad, pero no lo conozco, no te...te... tengo trato con él – el nerviosismo le jugó una mala pasada.

El agente volvió a sonreír, “esto va a ser divertido”, pensó...

– Para no tener trato se los vio muy pegaditos hace un rato nomás... ¿No me digas que encima de zurdo sos medio puto? –

– No, señor, nada que ver – simuló un enojo, haciéndose el ofendido, como si tanto una cosa como la otra le resultara un insulto, cosa que cayó bien en el siniestro par de interrogadores.

– Entonces, ¿por qué no la hacemos corta? Decínos donde encontramos al perejil ése y vas a ver que ni él ni nosotros te molestamos más –

– Le juro que no sé ni el nombre... me agarró hoy en la facultad porque quería que me quedara a esas charlas que hacen –

– ¿Y de qué hablan en esas charlas? Dános los nombres de los que asisten –

El segundo hombre, sacó rápidamente del bolsillo del sobretodo una lapicera y un anotador chiquito. La imagen de un detective privado, de ésos de las películas que veía en continuado en el viejo cine de Azul, se le vino a Guillermo a la cabeza y no pudo evitar una pequeña sonrisa.

Guillermo tragó saliva... pensó en vano cómo decir lo que iba a decir, de una manera que no detonara la violencia que contenían aquellos siniestros personajes y que amenazaba desatarse en cualquier momento.

– Le juro que no conozco a ninguno... Yo voy a la facultad a estudiar, me levanto temprano a trabajar... Porque soy del interior, vió? Y tengo que ayudar a mi padre, que a duras penas llega a fin de mes con el trabajo del cementerio. Por eso no voy nunca a esas reuni...

El culatazo dio con acertada puntería en el hígado y pronto Guillermo se vio nuevamente de rodillas ante un hombre armado.

– Mirá, pendejito de mierda... No sé hasta dónde estás metido y me importa un carajo en realidad. No necesito de ninguna excusa para chuparte y lo que te quede de vos, mandarlo para Azul en una caja de zapatos.

Darse cuenta que sabían su ciudad de origen puso a Guillermo más pálido que el culatazo. Se incorporó como pudo y relató con lujo de detalles lo acontecido hacía un rato nomás. Lloró y suplicó para que le creyeran. No pudo ocultar el manchón de orina que inundó su pantalón cuando los agentes, luego de anotar todo y prometer que volverían, lo dejaron ir.

Mientras se cambiaba el pantalón en la piecita que alquilaba, vio el sobre sobre la mesa. En calzoncillos, con las medias aún puestas, leyó el telegrama con seria expresión. Era sobre su padre...

Se puso el pantalón de corderoy que guardaba para salir, guardó en el bolso sus dos camisas, el par de remeras y tres o cuatro calzoncillos. El pantalón orinado lo dejó sobre la silla para lavarlo a su vuelta, aunque sabía que ya no volvería. Dejó un sobre con el poco dinero que le quedaba bajo la puerta del dueño de la pensión, sacó lo justo para el pasaje y salió para la Terminal de micros.

La Terminal, pasada la medianoche un día de semana y fuera de temporada turística, era poco más que un frío y gris despachadero de pasajeros con oficios extraños que los hacían viajar a horarios a traspelo. “O de fugitivos que buscan escapar de la ley”, pensó Guillermo mientras recorría el andén y recordó al pasar

por el buffet admirando ese frío ságuiche de milanesa, que con la agitada noche que estaba pasando aún no había cenado.

No se parecía en nada a esas escenas de películas de espías que veía en el cine continuado de su pueblo. El empleado que estaba limpiando el baño ni siquiera quitó la vista de su lampazo cuando paró a orinar (¡cómo le daban ganas de orinar cuando estaba nervioso!), el canillita que dormitaba en su banqueta esperando los diarios que llegarían en pocas horas tampoco se percató de ese muchachito nervioso que buscaba la boletería indicaba para comprar su salvoconducto al pago, a su casa, a la seguridad.

– Un pasaje para Azul, por favor – dijo sin mirar al boleterero.

– ¿En qué horario? –

– El que primero salga... no importa el que sea, pero que sea rápido – dijo bajando levemente la voz y mirando de reojo al policía que vigilaba los andenes de los típicos arrebataadores de bolsos que acosaban al turista desprevenido.

– ¿Pasillo o ventanilla? –

Ya parecía que el boleterero estaba empeñado en hacerlo sacar de quicio... ¿o estaría en complicidad con las fuerzas de seguridad, que le indicaban que retuviera lo más posible con preguntas a cualquier individuo sospechoso?

– Ya te dije que me da lo mismo... dame el primero que tengas –

Para su tranquilidad, el boleterero acusó recibo e inmediatamente le estiró el pasaje por la ventanilla, tomó el dinero, lo depositó en la caja y volvió a dirigirse a su sillón, donde se recostó, apoyando la nuca contra la pared y cerrando los ojos hasta el próximo desvelado que quisiera viajar hacia la provincia en horas de madrugada.

Sorprendido tanto por el buen estado del ómnibus que lo llevaría a Azul, como de que nadie lo parara hasta ése momento, Guillermo se sentó y recién respiró cuando el micro se alejó definitivamente de la ciudad por las calles de la Gran Ciudad en busca de la ruta 3. No miro atrás nunca, no quería volver a mirar a los ojos a esa Buenos Aires que lo había espantado a punta de pistola, de amenazas y de pantalones meados.

No tardó en dormirse, aunque durante todo el viaje tuvo ese sueño de vigilia que no permite descansar, pero en el cual tampoco se está atento; al punto que casi se olvida de bajar en Azul. Volvió a pisar su ciudad con el sol apenas desayunado y su estómago, ansioso de llenarse con comida. No había comido nada desde el café con leche en la esquina de la facultad antes de aquella agitada noche.

No dejó que la ansiedad lo privase de un improvisado desayuno en la vereda de la panadería de su barrio, con las mismas medialunas recién hechas que su madre solía prepararle con jamón y queso a la vuelta del colegio.

Cualquiera se regocijaría de volver a sus pagos y encontrar con que no quieren cobrarle sus compras en recuerdo de tiempos pasados. Pero ninguno de los empleados lo reconoció. Lo miraron hasta con temor mientras le entregaban el

paquete con la media docena de facturas y cerraron con llave inmediatamente luego que Guillermo traspasara la puerta.

“Ahí está la casa de Doña Rosa... Siempre igual con esa reja de mierda, medio rota, por la que ese perro salta para ladrarte y hacerte calar los huesos”, recordó mientras caminaba hacia la casa familiar, tres casas después de Doña Rosa, entre el baldío y la pizzería de la esquina. Se inclinó hacia delante, para desde su altura intentar divisar al tedioso perro, siempre listo para asomarse y rasgar botamangas del pantalón. Estaba allí. El mismo can que lo torturó a cada vuelta de la escuela, dispuesto a ladrarle cuando menos se lo esperaba, intentando clavar sus dientes en la botamanga de Guillermo a través de los barrotes.

Allí estaba. Sentado sobre sus cuartos traseros. Pero debía sentirse mal, porque le devolvió la mirada sin moverse un ápice de su postura. Guillermo se asomó, algo temeroso que el perro hubiese aprendido un nuevo truco de amagar estar tranquilo y luego sí, saltar. Pero no. No hubo reacción. “Y... está viejito ya, perro del demonio...”, pensó mientras le sonreía al menudo can.

Éste respondió corriendo hacia su cucha, olvidando un aullido de temor en el camino.

Su casa seguía allí... inquebrantable, añeja, decaída, pero con dignidad. Como todo Azul. No le hizo falta golpear, la cortina de la puerta enrejada que daba al hallcito de entrada estaba corrida, y a través de ella el Doctor Ramírez se acercó rápidamente a la puerta ni bien Guillermo escrutó con la mirada hacia el interior. “Un velatorio suele ser más alegre”, pensó Guillermo. Cuando el muerto ya es muerto, no queda otra cosa más que recordarlo bien, reencontrarse con gente que no se veía desde el anterior velatorio y compartir algún sanguchito de miga.

No era el caso de su padre.

Los ojos del Doctor se abrieron de par en par al verlo intentar pasar el umbral de la puerta.

Anastasio Ramírez, médico rural y matasanos de la localidad de Azul por más de 40 años, había curado a Guillermo de varicela, gripes varias y una escarlatina rebelde. Ahora no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Por un segundo, Guillermo pensó que el Doctor Ramírez ya estaría avejentado, y que alguna enfermedad degenerativa había estropeado su razón en una de esas tantas tretas con las que la muerte comienza a merodear en nuestros últimos lustros de vida. Porque si bien la muerte suele dar toda una vida de ventaja para alcanzarnos, no le gusta alcanzarnos de un tirón. Suele disfrutar rasguñando nuestros hombros con pequeñas deficiencias que nos van anunciando que queda poco hilo en el carretel de nuestra existencia terrenal.

– ¿Viene por el enfermo? – preguntó el galeno mientras su estetoscopio temblaba junto con su trastabillada respiración.

– Obviamente... – le respondió Guillermo, buscando entre todo su cansado ser la paciencia que requiere tratar con las personas que enferman de la mente.

Los presentes se arremolinaron en el pequeño hall, escrutando con curiosidad. Pronto todos callaron, y quedaron congelados mirando el oscuro rincón donde estaban Guillermo y el Doctor Ramírez, apenas iluminados por el sol de la mañana que se asomaba por las ventanas.

“El enfermo está en un estado vegetativo. Puede quedar así por siempre... o despertar mañana mismo”, dijo el Doctor rompiendo el silencio, para luego invitar a los presentes a retirarse. Nadie saludó a Guillermo a medida que pasaban con prisa a su lado tratando de alcanzar la vereda. Pronto la casa quedó vacía. Cinco habitaciones más la dependencia de servicio, que quedaba luego del pequeño patio, al lado de la oxidada parrilla.

Solo quedó la enfermera de turno, quien desde la habitación donde reposaba el enfermo, no llegó a enterarse de lo sucedido.

Guillermo fue avanzando entre la penumbra de una casa de persianas bajas y los rayos solares que entraban por la puerta enrejada. Espió por el rabillo de la puerta entreabierta y vio a la enfermera. Estaba también sumergida en la oscuridad, salvo un pequeño velador que redireccionó hacia ella misma inclinándolo sobre la vieja Biblia de tapa dura que el padre de Guillermo siempre tenía en la mesita de luz. Luego abrió su viejo bolso de cuero, ya ajeado y desgastado en todos sus rincones, y extrajo un grueso volumen de “Ulises”, de James Joyce.

– Mire usted que culta la enfermerita – alcanzó a decir Guillermo en voz alta, casi queriendo llamar la atención de la mujer, indignado porque ésta no se había molestado en presentarle ni pasarle al menos sus honorarios.

La enfermera tembló y miró de costado hacia la puerta. Allí lo vio a Guillermo observándola. Ahogó un grito mientras dejaba caer el pesado “Ulises” hacia el piso de parquet.

– ¿Viene por el enfermo? – preguntó nerviosa, tartamudeando con sus labios sobrecargados de rouge.

– Obviamente... – dijo Guillermo, prefiriendo no darse por aludido y continuó por el pasillo que llevaba del dormitorio principal hacia el patio. Se extrañó de no sentir nostalgia ni ningún sentimiento que se le aproximara. Siempre sorprendió a propios y extraños por una memoria, no infalible ya que lamentablemente no funcionaba a placer pero que no por ello dejaba de ser prodigiosa. Pequeños flashes de cuestiones pasadas se le manifestaban espontáneamente si estaba en presencia de un detonante adecuado. El patio de su casa era uno de ellos. El viejo higuero seguía allí, con la rama todavía rota en el lugar donde él se había sentado para espiar por la medianera, y que luego se rompió, lanzándolo estrepitosamente al suelo. Se acarició el cabello en el exacto lugar donde tenía la cicatriz.

Avanzó por el patio, sintiendo en cada pisada que ése camino no había sido transitado en meses, o hasta años. Hizo crujir lentamente la puerta de la dependencia, el polvo que se levantó al abrirla lo cegó por un momento y trastabilló hacia atrás, estiró el brazo para tomarse del marco cuando sintió el bruto cosquilleo sobre su muñeca y luego sobre su brazo.

Su grito rebotó por las paredes y se perdió en el silencio de pueblo que tiene Azul. La rata aterrizó en el pasto luego de usar su codo como trampolín y se perdió en la enredadera, para luego reaparecer sobre la cornisa de la medianera. Guillermo se juró a sí mismo que había sido una ilusión, y que la rata, peluda y roñosa, no volvió el cuello hacia atrás y lo miró a los ojos antes de saltar al terreno vecino. “No... es mi imaginación”, pensó mientras asomaba la cabeza hacia el pasillo de la casa, esperando que la enfermera saliera refunfuñando por los gritos. Pero la enfermera hacía minutos que había abandonado la vieja casona para destrozarse sus tacos en una loca carrera por las calles de Azul.

Una vez espantado el traicionero roedor, Guillermo ingresó en su vieja habitación. En vano accionó el interruptor de la luz de la dependencia. La luz nunca se hizo presente. Con esfuerzo levantó las pesadas persianas de madera, que se trababan y se rompían mientras él las izaba. La energía solar no cambió el aura del lugar. El polvo se juntaba en todo rincón posible y las telarañas cautivaban la atención al mirarlas, con sus formas intrincadas, que denotaban un arduo y extenso trabajo de los arácnidos en la habitación. Llegó a darle pena incluso tener que destruir tal obra de arte de la naturaleza.

Salvo por un breve interludio, que incluyó una visita a la heladera por un poco de pan y salame, utilizó el día entero en arreglar la habitación. Por fin estaba nuevamente habitable.

Ya con el sol en retirada, decidió ir a ver cómo se encontraba su padre. Lo encontró solo en la habitación. La enfermera no estaba. No perdió tiempo en indignarse. Ya hablaría con el Doctor Ramírez acerca de lo irresponsable de la enfermera que había dejado al cuidado de su padre.

El viejo Don José estaba allí recostado. Demasiado pálido para estar solamente dormido, pero con demasiado color para estar del todo muerto. “Un muerto en vida”, pensó para sí mismo, y hasta le pareció paradójico final para una persona que había dedicado su vida a cuidar a los fallecidos.

– Papá... ¿Me oyes? – preguntó y esbozó una pequeña sonrisa al ver los párpados moverse.

– Hijo... hijo.... – musitó el anciano mientras contraía de dolor las arrugas de su cara al hablar.

– Papá, ¿estás bien? –

– Ahora sí... no esperaba verte a ti, pero tú eres a quien mandan, no me queda más que aceptar éstos designios divinos –

– ¿De qué hablás, viejo? ¿Quién va a venir si no soy yo? – Guillermo nunca había tenido paciencia para los enfermos.

– Vos debés saberlo... ¿Quién cuidará a los muertos ahora que me voy? –

– Papá... no te preocupes por eso. Yo me voy a quedar en Azul. A Capital no vuelvo más – quería contarle todas sus peripecias en la maldita gran

Ciudad, pero no quiso importunar los últimos segundos de vida de su padre. Con una mueca de tranquilidad, José Argento dejó este mundo. Guillermo tapó sus restos mortales y partió hacia la casa del Doctor Ramírez para pedirle que ultime los trámites para certificar la muerte y apurar el velatorio y entierro. No encontró respuestas y decidió dejarle una nota debajo de su puerta.

Sin saber qué hacer, decidió ir hasta el trabajo de su padre. Al fin y al cabo, ahora era su trabajo, y su primera labor no sería otra más que recibir los restos de su progenitor y cuidarlos en su reposo eterno.

Le sorprendió no encontrar al Ángel cuando ingresó al cementerio. Había unas fajas como las que usa la policía para una escena de un crimen, empezaba a anochecer y no vio a ningún oficial a quién preguntarle. “Más de uno se va a matar cuando vean que no está el símbolo del pueblo”, pensó para sus adentros mientras entraba en la oficina de su padre.

“¿Por qué desapareció el Ángel? ¿Milagro o Vandalismo?”, el sensacionalista periódico estaba sobre el escritorio del que sería su nuevo trabajo. Lo dobló y lo dejó en un rincón, prometiéndose leerlo a fondo más tarde. Salió y se paró en la puerta del cementerio, apenas unos pasos previos a la línea que marcaba el fin del camposanto y de repente se dio cuenta. Ya no quería irse nunca más de allí.

La noticia llegó a los diarios de la Capital... El Ángel Exterminador, la obra cúlmine de Francisco Salamone, la excelsa figura de hormigón armado que guardaba la entrada del cementerio de Azul, había desaparecido por unos días y había vuelto a aparecer. Con el mismo misterio que una noche la ciudad se despertó sin su monumento más famoso, tres noches más tarde volvieron a verlo en su habitual sitio. Innumerables especialistas debatían sobre si se trataba de obra de los revolucionarios marxistas, impíos que se mofaban de la religión de la gente bien haciendo desaparecer un símbolo católico. Las más disparatas teorías se imprimieron para explicar cómo semejante mole había sido removida y vuelta a colocar en un puñado de días.

En ningún diario salieron las declaraciones de los vecinos de Azul, que declararon haber visto a un hombre alado y con una gran espada al cinto, presentándose como mensajero de la muerte en el velatorio de un afamado ciudadano de la ciudad. Tampoco se hizo mención al doble suicidio de los empleados de una panadería ni de la enfermera que debió ser internada por sufrir constantes alucinaciones. Menos aún se hizo referencia en la prensa a la desaparición del doctor del pueblo, Anastasio Ramírez.

Lo que sí se hizo mención en los grandes matutinos de la Capital fue del cobarde asesinato de dos agentes de la Marina, que fueron encontrados con sus cabezas cercenadas con la perfección de un cirujano.

Se acusó a la guerrilla, desde ya... Aunque es bien sabido que los guerrilleros no portan espadas. ☸

IN VITRO, IN VIVO, IPSO FACTO

Por Gladys Cepeda

Todavía siento el corazón agitado del reloj sobre mi cabeza. Estoy sola, pero su respiración genera un instante aterrador.

Levanta su rostro; ese rostro sucio, macilento, con los rasgos deformes, sostenido solo por un tronco, de donde le cuelgan restos de carne en estado de putrefacción.

Mi sombra huye por el marco del espejo. Él trata de atraparla porque la necesita para poder revivir su hora de eternidad, pero esta logra escapar y regresa hacia mí. No puedo articular movimientos o palabras. Solo se queda observando detenidamente, con esos ojos cubiertos de malignidad. Siento que el lugar se transforma en un agujero letal donde el aire se vuelve tóxico e irrespirable. Un silbido chirriante sale de mi pecho. El rostro va descubriendo partes de mi cuerpo con lentitud, detalles que se le tornan múltiples objetos increíbles. Siento que roza mi brazo un dolor insoportable se equipara al fin, me quema con un líquido como una baba gélida que se va escurriendo, pero se detiene.

Unos pasos se oyen a la distancia. La puerta se abre, alguien entra, la luz se enciende. El ser ha desaparecido. No hay restos de su presencia. Mi madre se acerca, no respondo, no puedo hacerlo, ella me arroja y besa. Sale dejando el lugar en penumbras.

Apenas unos segundos después él vuelve. El olor es nauseabundo, los ojos ahora persiguen a una mosca que sobrevuela la pared. Una llovizna se desata, a él se le termina el tiempo, las campanadas de la torre cercana lo asustan, pero antes de desaparecer un susurro se escucha bajo la ventana: “¡REGRESARÉ!”

Me recobro y mi cuerpo comienza a moverse. Caigo de la cama, soy pequeña como un huevecito de ave, arrastrándome salgo de allí en un impulso.

Llego hasta la habitación de mi madre. Al entrar dejo de estar agitada. Sé que ella será mi propio escudo de protección, la fortaleza que ni siquiera el destino podría atravesar. ❧

LA VOZ DE HASTUR

Por Abdul Al-hazred (Necronomicon, 730 d.C.)

Escuchad la voz del temido Hastur, escuchad el lúgubre suspiro del torbellino, la loca impetuosidad del viento último que se arremolina oscuramente entre las silenciosas estrellas.

Escuchadlo a Él, el de dientes de serpiente, que aúlla entre las entrañas del otro mundo; Él, cuyo rugido sin fin siempre colma los cielos eternos de la escondida Leng.

Su poder es capaz de arrancar el bosque y aplastar la ciudad, pero ninguno conocerá la mano que golpea y el alma que destruye, porque el Maldito vaga espantoso y sin cara, con su forma desconocida por los hombres. Escuchad entonces su voz en las horas oscuras, contestad a su llamada, inclinaos y rezad a su paso, pero no pronunciéis su nombre en voz alta. ❧

TIERRA FÉRTIL

Por Luis Langlemey



Siempre los recuerdo como una pareja recién constituida, joven. Algo apresurado hubo en sus vidas y así se encontraron casados y con un amplio porvenir de manera casi natural. Sin embargo, algo parecía faltarle. Tal vez fueron sus deseos de ser una familia completa o esa rapidez tan nata en ellos, que desearon tener un hijo inmediatamente. Pero aunque lo buscaron, no podían tenerlo.

Los médicos le aconsejaban esperar en virtud a su juventud, pero ellos no se sentirían completos hasta tener el niño que tanto anhelaban.

Trataron por todos los medios posibles, pero aquello que deseaban tanto, era lo que más se haría esperar. No acostumbrados a esto, decidieron, en un extraño rapto algo irresponsable, cambiar de aire y de espacio.

Recorrieron varios lugares, desde los más alejados y tranquilos hasta los más bulliciosos de la ciudad. Nada podía contentarlos y lo que era bueno para uno, era abominable para el otro.

Parecía que está búsqueda resquebrajaba lo que la primer búsqueda, la de su hijo, había dejado latente. Ya casi decididos a dejar la sucesión de vistas e inspecciones de diferentes casas, los dos quedaron prendados de una hermosa y fría casona rodeada de siniestras sombras de viejos árboles.

El matrimonio encontró en la casa un lugar especial y propio para cada uno de ellos y en el medio quedó la habitación del esperado niño. Si bien una búsqueda estaba

resuelta la otra parecía no encaminarse. Los constantes fracasos separaron a la pareja y echaron luz sobre los defectos de cada uno, antes ignorados. Ella se dedicó a confeccionar la ropa de su futuro hijo y él a arreglar los diferentes espacios de la casa. Cada uno, luego de sus obligaciones exteriores, se sumergían en estos nuevos pasatiempos. De pronto encontraron un nuevo punto en común, la parte trasera del jardín necesitaba ser rellenada con tierra, debería ser colmada con la tierra más fértil que se pudiera conseguir. Y esas fueron las palabras en el anuncio que los hizo visitar ese alejado lugar. Tierra fértil, para toda clase de jardines, cualquier cosa que desee crecerá allí, fue la promesa del dueño del extraño vivero. Compraron bolsas y bolsas sin preguntar el precio y la llevaron para colmar su jardín, tan necesitado de esa tierra negra, tan negra que resplandecía en el suelo del renovado parque.

Unas semanas después la pareja volvió a dormir en la misma habitación, y allí tuvieron el mismo sueño durante toda la noche. Un hermoso niño rubio jugaba por toda la casa, en especial dentro del cuarto previsto por ellos para su hijo. Los dos se asombraron al contar exactamente el mismo sueño. Luego corrieron hacia esa habitación y se exaltaron al ver dentro de la cuna al pequeño niño rubio que habían concebido en sus sueños.

Ella lo tomó en sus brazos y empezó a alabar a la providencia, él se preguntaba de dónde habría salido el pequeño angelito. Su respuesta fue casi instantánea, debajo de la cuna había manchas de barro de pequeños pies y manos, alterado siguió el rastro hasta la nueva tierra del jardín. Ella no quiso escuchar nada del origen del niño y pronto lo convenció. Esta llegada unió al matrimonio y pudieron conseguir lo que tanto habían deseado.

Durante meses fueron felices con su hijo perfecto, el niño crecía sano y fuerte, había llegado el momento de presentarlo al mundo. Fue la misma noche en que se realizó la fiesta de presentación en sociedad, que unos hechos extraños dieron final a esta feliz situación.

Luego de la fastuosa fiesta, el flamante padre tuvo un sueño terrorífico. El niño, su querido hijo, guiaba unos horribles tentáculos de tierra salidos del jardín, que se deslizaban hasta la cama y tomaban a su esposa, arrastrándola hasta el jardín, donde era engullida por la tierra.

Desesperado se despertó, pero su mujer dormía tranquilamente a su lado. Desde ese momento la relación entre madre e hijo se volvió muy fuerte, casi simbiótica. Estaban juntos casi todo el día y ella abandonó todas sus obligaciones para cuidar solo al niño. Esto asustó al hombre que se recluyó en su habitación para escuchar al resto de lo que fue su familia, yendo y viniendo por la casa. Luego una noche, el sueño venció su vigilia y de nuevo soñó con los tentáculos. Pero ahora eran conducidos por su mujer y su hijo y venían por él, trató de despertar pero inexorablemente fue tragado por la tierra informe ante la mirada de la madre y el niño.

La tierra debe mantenerse fértil y para eso debe exigir ciertos sacrificios. Por eso no le pidas que sea demasiado fecunda a menos que estés dispuesto a pagar su precio. ❧

DIARIO DE CLAIRE

Por Flavio Alonso de Celis



Champtocé. Dominios del Mariscal Gilles de Rais. Año del Señor de 1443. Claire 13 años.

Los jueves recién amanecido, mi primera obligación es dirigirme a la Abadía de F. donde recojo la comida sobrante de los monjes junto a otros niños del pueblo. Pero yo, desde que hace unos meses fui escogida para tal honor, tengo como principal ocupación la de despertar al Abad. Este fraile viejo tiene un sueño realmente pesado, despertándose tan solo cuando manipulo el miembro de su entrepierna. He de concentrarme para su endurecimiento, pues cuando lo consigo, que no es siempre, saco unos cuantos huevos de más y algo de cecina, lo que alegra la cara de mi madre cuando vuelvo con ella a casa.

En otras ocasiones, no siempre por suerte para mí, el viejo Abad me obliga a tragar aquél asqueroso líquido blancuzco que sale a intermitencias por el agujero superior del miembro, que en esas ocasiones presenta un fuerte color rojizo, casi amoratado. No me gusta el sabor de ese jugo lechoso, aunque él me diga que contiene gran alimento. Después queda transpuesto lo que aprovecho para revolver en la alhacena contigua, encontrando siempre algo con lo que entretener el hambre.

Vuelvo al pueblo con los restos de comida, una gran hogaza de pan negro, los huevos, la cecina y algún embutido de tripa que he podido coger en la despensa de la Abadía. Cuando entro en la casa, mi madre vive siempre en ese momento una felicidad que se refleja en su rostro, alegre y risueño ante los cestos rebosantes de alimentos. Sin apenas descanso, cargo con la comida de los hombres que trabajan en los campos. Al llegar a las eras, miro de escabullirme de mi padre siempre que les grita a mis hermanos: “A la muchacha le empiezan a salir las curvas”. Cuando esto sucede, se abalanza sobre mí, me arrastra hasta unos matorrales y allí introduce las veces que quiere su miembro enorme en mi cuerpo. Al principio el dolor me era insoportable y sangraba en abundancia, pero ahora ya me he acostumbrado. Mientras mi padre me penetra yo pienso en Ettiénne, el guapo hijo del tabernero con quien desearía prometerme lo antes posible.

Somos ocho hermanos y yo la mayor de las mujeres. Mi madre siempre me ha dicho que tendré mi ajuar, que mi padre pagará una dote suficiente y por lo tanto podré casarme, aunque lo más seguro es que no será con Ettiénne, pues nunca tendré una dote que le parezca apropiada a Martillon, el padre de mi enamorado.

El Abad me aconseja que no permita que mancillen mi honor. Nunca le contaré, ni bajo la confesión, lo que hace conmigo mi padre desde hace tiempo. También me dice que tengo que llegar virgen al matrimonio, protegiendo con esmero el agujero frontal de las mujeres que él llama “vagina”, y que a mí siempre me provoca la risa esa palabra. El resto de cosas que se pueden hacer con el cuerpo no dejan huella en él, repite a menudo el Abad, pero el acto de la penetración total es muy peligroso, recomendándome siempre que mantenga ese agujero intocable.

¿Y si Ettiénne no me acepta porque por no ser él quien me estrene? Pero yo sé que hay soluciones para eso. Mariette me explicó algunas y ella sabe mucho al respecto, no en vano ha enterrado ya a tres maridos. Los vecinos cuentan que el tercero de ellos, inclu-

ENTRAR EN EL BAJO MUNDO

Por Carlos Dopico

so después de casados, creyó a pies juntillas en su virginidad hasta que en el pueblo al que acababa de llegar, varios chismosos le pusieron al corriente sobre la anterior vida de Mariette. Pero nada de todo ello turbó la felicidad de ambos, hasta que el crédulo esposo pasó a mejor vida cuando fue encontrado en la alcoba de la mujer del carbonero, un sujeto peligroso que degolló al violador sin más contemplaciones allí mismo, sobre el lecho del pecado. No contento con aquella venganza, arrancó de la cama a su mujer reventándola a patadas mientras ella inconscientemente trataba de huir.

Mariette me enseñó cosas muy interesantes para fingir la virginidad en la noche de bodas. Por otra parte, también me puso al corriente de cómo prevenir embarazos indeseables y de partos abortados así como adonde podía llevarlos a cabo. Ella conocía una partera infalible, según me dijo.

Más tarde me dirigí a la granja de monsieur Hurlot a fin de limpiar las cuadras y los establos a cambio de alguna gallina vieja de vez en cuando y media docena de huevos de pato semanales. Aquél jueves, inesperadamente, alguien recorría las porquerizas al fondo del enorme establo. Nunca había nadie por allí y ahora me di cuenta de que un animal no podía ser ya que sostenía un candil de aceite en su mano izquierda. “No te asustes pequeña. Mariette me ha hablado de tí esta misma mañana. Me ha contado que eres una joven bien dispuesta y que amas profundamente a un tal Ettiénne, el hijo del fondista”. Quien así me habló era una mujer enjuta y vestida totalmente de negro.

— ¿Deseas verte con tu amado? — preguntó con mirada encendida —.

— Es la cosa que más deseo en este mundo — respondí asustada —.

— Pues ahora cumplirás tu deseo. Entra en esta pocilga y espera a oscuras. Ettiénne no tardará en llegar a tí —.

Hice lo que me decía la mujer y esperé con el alma en vilo. Al cabo de unos instantes sentí que algo se acomodaba a mi lado y oí la voz clara de mi adorado Ettiénne. Recorrió mi cuerpo con sus manos recubiertas de suave pelusa y ató mis manos por encima de la cabeza sujetándolas en un escabel cercano. “Ahora mujer, verás tan solo mi rostro mientras te poseo. Mi cuerpo solo lo notarás más no podrás tocarlo. ¡Sé mía!”. Dicho esto se abalanzó dentro de mí con una fiereza impensable, sin el más mínimo cariño por su parte. Sin las caricias que yo había soñado. Tampoco podía hacer nada más que recibir sus tremendos empujones que duraron lo que me pareció una eternidad. Finalmente acabó retirándose bruscamente y desapareciendo a continuación, sin dar señales de ninguna clase. Cuando entró la mujer con una luz pude ver la situación en la que me encontraba, allí tirada en el fango de la pocilga y revolviéndome entre un charco de mi propia sangre.

— Te has portado muy bien muchacha — me dijo la oscura mujer —. De ahora en adelante yo me ocuparé de tí.

Aquél día no comprendí sus extrañas palabras, es ahora que transcurrido el tiempo entiendo lo que para mí vino a significar el ofrecimiento de mi cuidado por su parte.

Después del brutal encuentro con la sombra de Ettiénne, quedé preñada y al cabo de nueve meses me convertí en la feliz madre del hijo de Satanás. ❧



Pocas horas antes de la demolición de la vieja casa victoriana, varios obreros de la compañía se quedaron impresionados al descubrir un texto escrito en una de las paredes de la entrada, garabateado como en sangre y con pulso tembloroso. Era un escrito a modo de confesión, advertencia o incluso una especie de macabro epitafio. Evidentemente se lo tomaron como una broma aunque, en el fondo, la incertidumbre y la superstición se encontraba en la mente de todos...

Dicha escritura venía encabezada por las siguientes palabras: “Me he escapado del infierno. Mi espíritu sin materia ha cruzado sus fronteras, pero he de volver antes de que se desaten las tormentas, acudan en mi búsqueda y descubran esta alerta...”.

Se sacaron varias fotos del texto y se copió palabra por palabra, publicándose posteriormente en una revista de misterios y casos sin resolver. El mismo dice así: “Siempre miraba esta mansión. Acostumbraba a pasar por aquí, a veces a propósito, guiado por una curiosidad y emoción que jamás traté de entender. Está construida sobre un terreno pedregoso y de hierbas, con un gran sauce llorón en un lateral, ocultando con sus largas lágrimas ramificadas parte de la hechizada casa. Tiene ventanas grandes y largas como las de una iglesia, con grisáceas y viejas cortinas. Sombria, así es su arquitectura victoriana, manchada por el tiempo y la humedad. Yo la observaba desde el exterior, cautivado por su fantasmal belleza pasada. Rodeada de altos muros de piedra con descuidadas enredaderas, me apoyaba en la oxidada puerta de rejas, cerrada y sellada para que ningún intruso pudiese molestar a lo que aquí vive protegido, conviviendo con el misterio.

Las habladurías eran variadas. El vecindario no compartía mi visión de tal belleza a la que yo me rendía.

La siniestra mansión y su poder innato de historia pasada, a la que me aferraba a creer al pensar en épocas antiguas, en el tiempo que esta mansión había permanecido en pie, impasible, sabedora y superviviente de la verdadera raíz de antepasadas familias inquilinas. Todo su esplendor me había impresionado desde el primer día que la vi ante mis ojos, en mi infancia. Algunos decían que estaba encantada, otros que servía de resguardo a mendigos en noches de lluvia y frío. Yo sabía que en el interior de sus paredes tenía que guardar el verdadero secreto de su naturaleza.

Una mañana me enteré por la prensa local que se hablaba de su inminente demolición. No se por qué, pero sentí una enorme tristeza y no podía comprender esa actitud irrespetuosa hacia una monumental mansión, a la que siempre le habían mostrado desinterés. Yo pensaba de esa manera y no me avergonzaba ni me parecía ridículo, pero lo que sí sabía es que tenía que actuar rápido antes de que fuese demasiado tarde. Sabía que aquí había algo inaudito, podía sentir el oscuro ardor en mi más profunda comprensión y

compostura. Quizás no fuese racional o normal, pero tenía que entrar en esta enigmática mansión, pasear por dentro y observar, como si se tratase de un paseo por cualquier calle, sus arrinconadas estancias polvorientas y degeneradas por el tiempo, a la espera de poder averiguar el porqué de mi más desafiante curiosidad.

Sin divagar más en el tema decidí entrar, después de medianoche. Camuflado en la oscuridad nadie me vería saltar las rejas de la puerta. De un salto, finalmente, caí hacia el otro lado inmerso en el espectral manto de la noche. Ahora veía la calle y las otras casas carentes de gusto y esplendor bajo la mortecina luz de modernas farolas. Pero delante de mí ahora tenía sin ninguna reja ni muro que me impidiese admirar con claridad, la estancia de leyenda. Me produjo un agradable escalofrío. Allí estaba levemente iluminada por la luna y las estrellas, una construcción impresionante y enorme porque, efectivamente, se me había hecho mucho más grande. Me acerqué lentamente hacia unos anchos escalones, los subí de un par de saltos y me planté frente a la puerta, vieja y carcomida, cerrada con un viejo candado. Sentí rabia pensando en como no hacer ruido para romper el candado o la puerta, para finalmente entrar en silencio por la cautivadora entrada, pero para mi sorpresa, no hizo falta realizar ningún ruidoso esfuerzo. No había bebido ni probado ninguna droga esa noche, pero en ese preciso instante fui increíblemente absorbido hacia su adentro. Asustado sentí un fuerte tirón, noté el desgarramiento doloroso de astillas en mi piel e intensos pinchazos internos: ¡Atravésé incomprensiblemente la puerta!

Tirado en un pasillo miraba incrédulo la puerta que había traspasado demoníacamente, pasando por alto toda barrera científicamente probable. Mi cuerpo fue absorbido como por la fuerza magnética de un imán, de un extraño poder oculto. Sentí de nuevo escalofríos. Pensaba en abandonar y olvidarme de lo que había experimentado, pero a la vez el deseo a veces es más fuerte que el miedo, y yo deseaba permanecer aquí, puede que poseído por alguna energía latente en el corazón de la mansión.

Sin más divagaciones mis ojos parecían desprenderse de sus órbitas cuando miré abajo al notar un temblor... de repente vi el suelo de baldosas romperse. ¡El pavor era indescriptible! Allí mismo, un abismo incontrolable de fuego, viento negro, truenos y brillantes ráfagas de colores emergían formando todo ello un oleaje maldito de naturaleza infernal. Mi cuerpo descendió hacia mareas de inclasificable horror hipnótico. Constantemente mi agonía era lo único que ascendía en forma de gritos sordos en medio de una ensordecedora tempestad horrenda de tormenta abrasadora. Nuevamente fui absorbido a velocidad infinita hacia más abajo.

Ardiendo en tensión mis venas milagrosamente no reventaron. El mar de fuego y brillo se transformó en un vórtice asquerosamente macabro, donde

cuerpos jamás clasificados en ninguna clase de seres vivos conocidos se retorían flotando en medio de una oscuridad rojiza y perversa. Estaba rodeado de deformaciones repulsivas. Algunas parecían largos gusanos anélidos extremadamente amorfos y cubiertos de sangrientos ojos. Otras semejaban espeluznantes restos gigantescos de materia enferma, con largas extremidades de garras carnosas amenazantes como las de un buitre. Caí en suelo firme de un fuerte golpe y una extensa cueva se extendía ahora a mí alrededor, un suelo cubierto de cráneos y huesos humanos, de perros y ratas... En las paredes vi la respuesta a mi fatal experiencia desde que crucé el umbral que me protegía de la diabólica esencia de esta maldita mansión. Vi cuerpos humanos desnudos semiputrefactos y pegados desordenadamente a paredes de piedra negra por pegajosas secreciones blancas, gelatinosas y nauseabundas. Todos ellos, hombres, mujeres y niños, formaban parte de una tumba carnal infestada de putrefacción diabólica, como si después de acabar el descenso me encontrara en una de las cámaras del mismísimo infierno. Así es, me sentí en el infierno mirando todos esos cuerpos magullados y desmembrados, quizás de mendigos o gente desaparecida sin haber dejado ninguna pista de su fatídico destino. No sé cuanto tiempo estuve mirando aquellas grotescas reliquias humanas que servían de sádica decoración, pero algo sentí en mi vientre que parecía aumentar de tamaño, hinchándose cada vez más, produciéndome un creciente y horrible dolor. Yo seguía paralizado por el pánico y la incredulidad a la que estaba apresado, pero fue al esforzarme por mirar atrás, cuando el grito más escalofriante que oí en mi vida salió de mi propia garganta al ver esa "cosa". Una demoníaca y espeluznante criatura que me tenía paralizado parcialmente el cuerpo, únicamente protegido por mi ropa rota y manchada. A mi espalda se había pegado algo monstruoso. Una especie de parásito con pegajosas ramificaciones que, como extremidades, salían de su encorvada silueta. Poseía un fantasmal rostro de carne podrida, grisácea y arrugada, con ojos rojos ardientes. De su boca depredadora de afilados dientes, junto a saliva amarillenta y fétida, salió un chirriante chillido. Su cabeza estaba provista frontalmente de dos largos cuernos de hueso apuntando hacia su espalda, pero lo más bizarro era que el deliberado crecimiento de mi vientre era producto de una abrupta penetración en mi recto de fornicación impía. Sin más, me desmayé en un delirio final de cansancio y dolor. Exhausto, desperté cubierto por gelatinosos y pegajosos hilos que me mantenían pegados a una pared fría de piedra oscura, formando parte carnal del



purulento decorado de cuerpos semidesechos. La sangre caía a borbotones en el cadavérico suelo. Vagamente me dio tiempo de observar mi vientre desecho y brutalmente abierto. El mareo de mi mente señaló que ya era hora de morir, de olvidar el sadismo que encerraba el subsuelo de esta mansión y el horrendo abismo que me condujo a una estancia jamás imaginada por la más abierta mente humana. Morí en la espesa oscuridad maloliente, mirando forzosamente a la personificación del infierno, porque mirándola vi al mal, no sé si al diablo, pero sus arácnidas extremidades me mostraron a una pequeña criatura recién nacida, de presencia semihumana, a un nuevo futuro sirviente del caos, al nuevo hijo con sangre de una entidad de lejanas dimensiones bizarras, mezclada con la sangre mortal de una simple presa donde depositar la semilla... Esta fue la explicación de una voz que retumbó como un trueno en el lugar, ya que allí se presentó otra criatura de aspecto humano. Su tono de voz era tan terrorífico como sus palabras y su indumentaria. Otro diablo, otro ente protervo, pero la malicia de este se presentaba de otra manera. Su tranquilidad al caminar era tenebrosa, ataviado con una larga túnica estrecha que le llegaba a los tobillos, de textura parecida a la piel, como cuero negro manchado de sangre seca, con depravados trofeos colgando de cadenas que se ceñían a su cuerpo. Estos escandalosos objetos colgantes eran de diversas partes del cuerpo humano y de animales. Trozos carnales que le daban un mortífero aspecto de satánico carnicero... Su cara era repugnante, de un azul pálido, sin pelo y con ojos negros de tiburón, pero sus rasgos eran humanos, al igual que su cuerpo de gran altura y decrepitud... Sus palabras se clavaron en mí como cuchillas y perverso fue ver como acariciaba a la criatura que había incrustado su semilla en mí, mientras se reía a carcajadas maléficas que retumbaban con poderío sepulcral a través del túnel dimensional por el que había caído, hechizado por los cantos de lo impuro.

Me desvanecí en el profundo sueño de la muerte, aliviado por la inminente destrucción que haría escombros uno de los accesos al infierno, aunque probablemente el bajo mundo que bendice en pecado la tierra en la que se levanta la mansión, sobreviva inmortal comunicando dos mundos paralelos de antigüedad inmemorial.

La procreación del infierno aguarda sedienta de nuevos cuerpos vecinos, presas y víctimas de engendración sobrenatural, para la creación de seres abominables habitantes de lo profundo. ❧

FUERTE CARGO DE CONCIENCIA

Por Eugenio Cáceres



Bajás del colectivo como todas las tardes que volvéis de trabajar, cruzás la placita y te internás en el barrio. A veces, llegar tiene un lánguido sabor a otros tiempos, entonces acomodás la percepción como para evitar las construcciones más modernas y en tus ojos se produce el milagro; es una tarde de invierno igual a ésta, pero vos no tenés más de diez años. Te duele la garganta y el interior de las fosas nasales de tanto correr; estás jugando a la escondida y vos no sabés para donde corrió Laurita. Te encanta esconderte con ella, te gusta sentir como respira agitada cerca tuyo, ahogando risas, con ese perfume a lim-pita, no como vos que estás siempre sucio y olés a tierra y a humo, porque con los pibes se la pasan haciendo fogatas en el baldío. O tal vez sos más grande,

tenés quince o dieciséis años y ya estás dando vuelta los horarios y las siete de la tarde, que hasta hace poco era el fin de la diversión, ahora es el comienzo de esa noche que promete tantas cosas.

Pero hoy tus ojos se niegan a soñar, quizás porque hace mucho frío y solo pensás en apurar el paso para llegar pronto a tu casa. Aunque nadie te espera, anhelás el calor insípido de tu soledad.

El único ser que te espera es tu enorme perro, sin fiestas, pero con interés; no por vos, sino por la comida. Desde el día que te lo regalaron tenés la extraña sensación de que ese perro no es como los demás. En su mirada habita la indiferencia y la frialdad. Para vos ese animal es incapaz de querer o de hacerse querer, es por esa razón que el único contacto afectivo que tienen en común es cuando llegás de trabajar y él se te acerca casi amistosamente para que le des de comer. Después de ese acto, entre ustedes no hay nada.

Apenas asomado entre la bufanda y el gorro de lana, con las solapas del sobre-todo levantadas, apretás las manos en los bolsillos y te maldecís por haber olvidado estúpidamente los guantes en la oficina. Mañana cuando abrás el segundo cajón de tu escritorio van a estar ahí, riéndose de vos.

Al doblar la esquina, después de comprar los cigarrillos en el kiosco, esperás escuchar la nitidez de tus pasos contra el paredón de la fábrica; eso te gusta. A veces intentás silbar una melodía para aprovechar la acústica, pero ése no es tu fuerte.

Después del paredón está el baldío. Todo cambió a su alrededor, pero esa fracción de inmensidad sigue allí, intacta, virgen, acechándote desde lo atemporal. A veces, cuando hay pibes jugando en la canchita, te quedás un rato a mirar. Te reconforta saber que la tradición sigue intacta a través del tiempo. Pero cuando está solitario como ahora, te estremece y te absorbe una especie de temor sin fundamentos. Escudriñas el cañaveral del fondo con desconfianza, porque sabés que en un lugar como ése se puede esconder lo imposible; eso que acecha a los niños en la oscuridad y a las gentes simples del campo por las noches.

Un bulto se mueve más adelante entre las altas matas de pasto. Te paraliza. No te animás a seguir caminando. Eso se mueve cerca del paredón que da a la esquina y amenaza con cortarte el paso. En tu mente acomodás las cosas pensando que seguramente se trata de un perro. Sí, no puede ser otra cosa que un perro hambriento y enfermo, y por lo tanto, muy peligroso. Disfrazás al miedo de prudencia y decidís dar un rodeo para evitar cualquier inconveniente. Pero justo cuando vas a bajar a la calle, escuchás una voz que se proyecta desde los matorrales directamente a tus nervios. El pánico no te deja percibir con claridad lo que dice el susurro, pero no tenés dudas que se trata de una mujer; una anciana.

La anciana está recostada contra la pared y solo cuando se incorpora un poco, alcanzás a ver sus facciones. Ella vuelve a hablar con voz temblorosa y por fin sus palabras llegan nítidas hasta tus oídos: “tengo hambre y mucho frío, una ayuda por favor”. Conmovido por la situación buscas en tus bolsillos, pero casi

inmediatamente le hacés un gesto de impotencia, dándole a entender que no tenés nada. Seguí caminando aunque en tus bolsillos se dejan oír unas pocas monedas que seguramente vas a necesitar mañana para pagar el colectivo.

Nunca te destacaste por ayudar a los demás, el sufrimiento ajeno te resulta lejano, casi inexistente. Aunque te considerás un ser bastante sensible, no vas a hacerte cargo de la situación de un extraño. Es como una especie de impedimento físico que no te permite actuar en consecuencia, entonces aparece la reconfortante idea de Dios y le rogás que por favor se apiade de esa mujer. Tenés la absoluta certeza de que te escucha siempre (bueno, a eso le llaman fe), porque te juzgás un gran creyente y en consecuencia delegás todo a tal punto en ese rumor al que todos llaman Dios, que ni siquiera te das cuenta que vos sos el único que tiene la posibilidad real de ayudar a la anciana. Porque ese Dios en el que creés, está al tanto de todo, de tu impedimento, de tu voluntad y de tus ruegos, pero de esa mujer, de su frío y de su hambre, al parecer no.

Seguí caminando, pero ahora tus pasos resuenan opacos, culpables. Te repetís mentalmente que tus escasas monedas no habrían podido sacar a esa mujer de la horrenda situación en la que se encuentra.

Llegás por fin a tu casa, la llave está tan fría que te hace doler los dedos. Una vez adentro tu perro te recibe ya no con su acostumbrada indiferencia, sino que esta vez podés vislumbrar un rasgo de desprecio. Es como si estuviera amonestándote por lo que hiciste; o lo que no hiciste. No puede ser, pensás, un perro no puede estar al tanto de esas cosas, pero ese pensamiento no te tranquiliza y te apresuras a calentar la comida que le tenés preparada en la heladera.

De repente una violenta racha de viento te sobresalta mientras las gotas heladas comienzan a golpear en tu ventana como los huesudos nudillos de la anciana pidiéndote entrar. La lluvia es atroz. Sabés que es demasiado castigo para una mujer de esa edad y tu conciencia grita “tenés que hacer algo”. Estás tan alterado que pensás en salir a llevarle una manta y algo de comer, pero una vez más te dejás llevar por la tenaz indiferencia y encendés la tele para despejarte un poco. Le das la comida a tu perro en la cocina para que no se moje y, no sin dificultad, te desentendés del asunto.

¿No debería ser más importante un ser humano que cualquier animal? Claro, seguramente hay alguien ahí afuera mucho más predispuesto que vos a ayudar; hay gente que se dedica a eso. Pero, ¿Y si nadie vio a la anciana excepto vos? Te cocinás lo de siempre, un poco de carne con papas y te dejás llevar por la prepotencia del televisor. Comés apurado, estás cansado, querés acostarte y dormir; la noche allá afuera es un abismo. Comés poco, la mitad de un plato y te retirás a la cama. Entrás al sueño bruscamente, directamente a ese limbo que tanto te gusta, aunque ya estás aburrido de encontrar siempre lo mismo.

Tus músculos, tus nervios y tendones, se contorsionan allá en el cuerpo que se sacude en tu cama presa de un terror intenso. Sentís que algo roza tus frazadas

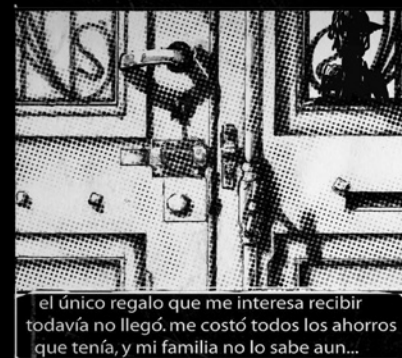
desde los pies hasta terminar en tu cara. Despertás sobresaltado, la habitación está helada. En la oscuridad te preguntás si se apagó la calefacción o si te olvidaste alguna ventana abierta, pero no, la estufa a gas está al máximo y la ventana está cerrada igual que la puerta que da al comedor.

Sentado en la cama, asistís con horror a un imposible desfile de imágenes que deambulan por el aire como gélidas bocanadas de vapor intentando sin éxito formas cuasi antropomórficas. Accionás la perilla del velador varias veces hasta que por fin tu razón advierte que se trata de un corte de luz. Salís de la cama y te dirigís a la cocina a buscar velas, pero cuando vas a abrir la puerta de la habitación, sentís que algo golpea con violencia desde el otro lado. Es tu perro que gruñe como una bestia infernal a la vez que se lanza contra la puerta una y otra vez. Sabías que alguna vez se volvería en contra tuyo, pero lo que no sabías era que lo haría como un agente desatado por tu propia conciencia. Confundido das la vuelta pensando en escapar por la ventana, pero algo aún más extraño te detiene.

En la penumbra alcanzás a ver tu silueta en el espejo grande que perteneció a tu madre. Te acercás como hipnotizado por una deformidad que se adivina en tus contornos. La atmósfera, de pronto te hace sentir como en uno de esos sueños rutinarios, donde deambulás sin sentido durante horas y horas por ese desierto lleno hasta el tope de recuerdos insípidos, que es tu subconsciente. Los golpes de tu perro sobre la puerta, suenan como desde algún remoto lugar en el tiempo. Ahí, en el espejo, la imagen que se adivina no es la tuya, es más pequeña y parece agazapada. La espectral luz de un relámpago te saca de la duda; es la anciana. Azotada por la lluvia, temblando por el frío, te mira mientras su rostro se deforma en un interminable rictus de desesperación hasta desencajar la mandíbula. El espejo se rompe, la ventana se abre y el agua te alcanza con sus agujas frías. Sabés que esto no puede ser otra cosa que la ira de Dios.

La culpa golpea desde tu interior con la misma insistencia que tu perro se arroja contra la puerta una y otra vez con la intención de derribarla, hasta que por fin lo logra. No te queda más opción que escapar. Saltás por la ventana y salís a la intemperie, tu perro sale detrás y te alcanza. Muerde con furia inusitada. Tus esfuerzos por zafar de sus dientes te lastiman aún más y gritás con todas tus fuerzas. Y aunque la noche es un torbellino de ráfagas y truenos, hay alguien ahí afuera que te escucha, pero está agonizando y no te puede ayudar. Apartás al animal por un momento y lográs incorporarte. Pero esta noche, la suerte está echada; la tierra hecha fango se abre debajo de tus pies y te engulle cerrándose después como si jamás hubieses existido. En el lugar, tu perro se queda escarbando con insistencia maligna mientras que, al mismo tiempo, allá en el baldío, la muerte se apiada y rescata a la anciana del frío, del hambre y de la indiferencia de los demás. ❧

¡¡feliz cumple !!





A ESTA ALTURA DE MI VIDA YA NO ME IMPORTA NADA. SALVO EL TENER OTRA VIDA, RECUPERAR LA JUVENTUD.

EL TÍO QUE ME VENDIÓ ESTO ME DIJO QUE TE DARÁ LO QUE QUIERES, PERO:



GUARDATE EL 'PERO', FERMÍN. YA ME CONOZCO TODO EL ROLLO.

VALE, AQUÍ ESTÁ. DAS CINCO VUELTAS HASTA FORMAR LA CALAVERA Y LISTO.



¡¡ES INCREÍBLE!!



ADIÓS, ANICETO. ¿ESTÁS SEGURO?



¡ANDATE!!

UNA SEMANA DESPUÉS.



ANICETO!!!!
¡SALÍ DE AHÍ!!

ERA MÁS DIFÍCIL DE LO QUE PENSABA. CADA VEZ QUE DABA UNA VUELTA, YA NO PODÍA VOLVER ATRÁS. ERA COMO SI CADA ANILLO SE TRABARA...

EL CUBO EXIGÍA SACRIFICIOS: CADA ERROR SE PAGABA MUY CARO...



AHORA COMPRENDO LA NATURALEZA DE ESTE OBJETO MARAVILLOSO. PERO EL OLOR A MUERTE EN LA CASA...



...ES INSOPORTABLE.

YA ESTABA JUGADO.

NO HABÍA RETORNO.

NAVIDAD.



ESTA NOCHE CONQUISTARÉ EL CUBO. VOY A SER JOVEN DE NUEVO.

¡ABRÍ DE UNA VEZ, VIEJO DE MIERDA! NUNCA TE IMPORTO NADA DE NOSOTROS.



¡YA VAS A VER....



¡NO!



¡LA PUTA MADRE, NO! ¡ERA PARA MÍ!!



FELIZ NAVIDAD.

DIEGO ARANDOJO
+
JULIÁN SEQUEIRA

LA OSCURIDAD

Por Diego Ollero

Una medianoche, el último campaneó
su mente, llena de demonios – la muerte tapada con plumas, espía
de una ventana, su mirada fría, seductora, el ángel caído
se eleva, su atuendo cubierto con odio y soledad.

Desvanece por neblina suspirada.

En la ventana, corriente fría y hojas rojas envuelve tus entrañas
él mira tus cabellos – su boca habla, tus pensamientos tu seducción,
su capa envuelve tus sentimientos de placer
choques de copas con vinos – su mente observa tu cuello
marcado, que alimenta su sed cálido de sangre, que salen de tus venas
llenándote – tus sueños, con demonios, sobras, deseos infernales,
romances insólitos, hechiceros con sus manos llenas de fuego
–jugando con tu corazón de mármol rojo, mientras que tu alma
cae rendida ante sus ojos blancos, bailan el último vals endemoniado.
la noche – desvaneciéndose, el último campaneó, dan las seis.

El ángel y su doncella, uniéndose con el viento
a las profundidades del sueño eterno
mientras – el cuervo
se desvanece, por el cielo. 